

Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista



Nota introductoria y traducción
de Mariano Martín Rodríguez

© Mariano Martín Rodríguez, 2020

La fantasía épica, que es como traducimos lo que en inglés se denomina *High Fantasy*, suele caracterizarse por la presencia y actuación de entes sobrenaturales, desde dioses hasta criaturas intermedias dotadas con capacidades sobrehumanas o, al menos, inconcebibles en los seres humanos. Aunque su manifestación tradicional nos parece más propia de la ficción maravillosa de raigambre folclórica o inspirada en el folclore, también la magia suele crearse un elemento imprescindible en la fantasía épica. Sin embargo, no siempre tiene por qué ser así atendiendo a las características y la historia de este género de ficción. Entendemos que constituyen el acervo de la fantasía épica «todas aquellas ficciones en prosa o en verso, dialogadas o no, con predominio del discurso descriptivo o del narrativo, que se caracterizan por ofrecer un mundo imaginario coherente y plenamente autónomo respecto a nuestro mundo, pues se trata aquí de fantasía inmersiva, sin personajes del presente que accedan a ese mundo secundario. Este se sitúa en un pasado legendario anterior a cualquier civilización actual. [...] De aquel pasado pagano se ofrecen, directa o indirectamente, su historia, su organización social y sus creencias de una manera que tiende a ser completa y coherente». Para ello, «un elemento común en la fantasía épica es la recreación de la mentalidad mítica y legendaria de las épocas an-

tiguas mediante la imitación ficcional de sus ritos, costumbres y mitos»¹. Tal recreación no es caprichosa. Incluso en los autores más *pop*, subyace a la invención de los mundos imaginarios de la fantasía épica el conocimiento más o menos preciso de un trabajo científico previo realizado sobre todo a partir del siglo XIX.

A raíz de las labores de investigación de las ciencias humanas, han salido a la luz diversas mitologías de los pueblos de la Tierra y sobre las propias fundaciones históricas de la Teología de distintas religiones; se han emitido hipótesis sobre civilizaciones antiguas y su origen que la Arqueología ha ido probando con la materialidad de los artefactos descubiertos, que se añaden, matizándolas, a lo dado a conocer desde antiguo por la Historiografía; los estudios filológicos han ido desvelando los secretos de inscripciones y documentos, incluso de la vida cotidiana, que han permitido dibujar un panorama complejo y detallado de las costumbres y el funcionamiento de las civilizaciones de un pasado al que accedemos con la conciencia de que es un espacio temporal ya clausurado. En aquellas civilizaciones percibimos características persistentes hoy, pero que nos son ya esencialmente

¹ «Fantasía épica panlatina: lugares simbólicos», *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, v. 2 (2019-2020), p. 194.



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

ajenas, sobre todo porque sus religiones no son ya las nuestras. Habida cuenta del peso de la fe en el funcionamiento de las sociedades hasta la actualidad (incluso en países con alto número de no creyentes, es el calendario litúrgico el que dicta muchas de las fiestas de guardar, esto es, de vacaciones oficiales), el cambio completo de religión ha determinado, al menos en las regiones cristianizadas e islamizadas, una ruptura con un pasado indígena prestigioso y legendario, sea este faraónico, precolumbino o antiguo clásico, entre otros. Son la vida, las creencias y la historia de estas épocas ya cerradas las que son objeto no solo de la ficción llamada arqueológica, de la que la novela *Salammbô* [*Salambô*] (1862), de Gustave Flaubert (1821-1880), constituye una obra germinal, sino también de la épico-fantástica, que puede considerarse su equivalente imaginario. En aquella, los escritores recrean un mundo cuya existencia acreditan documentos y artefactos genuinos; en esta, crean un mundo que, inspirándose a menudo en situaciones históricas probadas de orden político, artístico y religioso, es básicamente una invención. Como tal, está más abierta que la ficción arqueológica a la manifestación directa, en el seno del universo ficticio, de entes y fuerzas sobrenaturales, en cuya existencia los antiguos creían, por lo demás. Sin embargo, la ficción arqueológica no siempre está libre de hechos contrarios a las leyes naturales, que se ofrecen como indudablemente ocurridos en un contexto perfectamente histórico. Por ejemplo, en un cuento de Jean Richepin [Auguste-Jules Richepin, 1849-1926] titulado «Le monstre» [El monstruo] y publicado en 1898 en *Contes de la décadence romaine* [Cuentos de la decadencia romana], el monstruo del título es un ser imposible en la realidad natural de entonces, pero participa en un combate gladiatorio romano normal sin que nadie se ex-

traña. Por otra parte, aquellos hechos contrarios a las leyes naturales tampoco aparecen siempre en la épico-fantástica, tal como demuestra un amplio acervo de ficciones ambientadas plenamente en países imaginarios, o al menos no localizados históricamente, y que presentan las características de civilización comunes en este género de ficción².

Estas ficciones son fantásticas en la medida en que son ajenas a la realidad histórica, pero no son *fantasías fabulosas*, como lo serían aquellas que sí acogen sucesos o entidades imposibles en la naturaleza. Para distinguirlas de estas últimas dentro del conjunto total de la fantasía épica, se las podría considerar *fantasías realistas* porque su clase de verosimilitud es la racional, que se desprende de la plena observancia de las leyes naturales por parte de todo lo narrado y descrito, de manera que sus mundos ficticios son posibles en el universo en el que vivimos o, más bien, vivían nuestros ancestros paganos. Su grado de historicidad potencial es, en consecuencia, alto, pero si los autores prefieren que sus ficciones trascurren en países imaginarios, explícitamente

² Existe un tipo de fantasía épica que transcurre en un futuro hipotético o en espacios extraterrestres, pero las sociedades descritas no difieren de las terrestres en el período comprendido entre la aparición del Estado (*grosso modo*, en la Edad de los Metales) y la difusión de las religiones universales de índole teológica (esto es, articuladas alegóricamente en torno a conceptos abstractos, a diferencia de las articuladas en torno a unos seres míticos concretos que actúan a la manera humana, por ejemplo, el dios único de la mitología hebrea). Por ello, se excluyen las ficciones ambientadas en la prehistoria, que constituyen un tipo de ficción particular en el que las consideraciones evolucionistas acerca de la naturaleza humana en su medio predominan sobre las sociológicas en torno al comportamiento humano en un entorno ya artificial.



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

te y con su propio nombre inventado (por ejemplo, Hiriót en el poema de 1879 de Àngel Guimerà titulado «L'honor real» [*El honor real*]) o implícitamente o sin nombre indicado, es tal vez porque la ficción arqueológica está muy ligada a una realidad histórica. En cambio, la fantasía facilita un distanciamiento cognitivo que no solo reclama una lectura activa a la hora de construir un mundo ficticio desde sus fundamentos, sino que también facilita la transmisión de un mensaje universal e intemporal, y desligado de cualquier marco histórico concreto. Un relato ambientado en la Roma antigua se contagia, por así decir, de las visiones personales y colectivas previas de aquella urbe, lo que determina en gran parte su configuración, tal y como sugiere la reiteración de motivos y lugares comunes (por ejemplo, el de la depravación moral, tan frecuente en la muy popular ficción arqueológica romana de la *Belle Époque*). En cambio, un relato ambientado en lugares completamente imaginarios, como los reinos e imperios de *Ptah-Hotep* (1971), de Charles Duits, y *El testimonio de Yarfoz* (1986), de Rafael Sánchez Ferlosio, es un espacio virgen desde aquel punto de vista, aunque luego se tiña, por ejemplo, de cierto orientalismo si así lo sugieren determinados detalles representativos del mundo ficticio de que se trate.

De esta manera, la fantasía épica realista tiende a aunar, por una parte, el atractivo del exotismo que entraña el hecho de que sus ficciones se desarrollen en territorios ajenos a la experiencia directa del lector coetáneo y a menudo dotados metonímicamente del prestigio cultural que sugiere su semejanza a civilizaciones artísticamente avanzadas como la egipcia, la mesopotámica, la grecorromana o la hindú clásica, y, por otra, el carácter de parábola sobre la civilización en general que tienen muchas de ellas. Su carácter

vago a veces, y siempre inventado, es precisamente lo que las hace representativas en términos generales, de manera análoga a cómo esos mismos rasgos de vaguedad e invención son los que facilitan en las parábolas evangélicas una lectura especulativa capaz de descifrar su significado moral subyacente. Este significado puede tener también carácter ético en la fantasía épica realista, pero su moral no pasa por alto el marco social, con todos sus movimientos colectivos que afectan a la actuación de los individuos, al tiempo que estos contribuyen a la configuración de su civilización, especialmente cuando se encuentran en una posición de poder que haga que sus decisiones tengan consecuencias, lo que genera una dialéctica permanente entre la voluntad personal y la presión comunitaria.

Entre los ejemplos de fantasía épica realista que presentan esta dialéctica, incluida su dimensión moral, pueden recordarse varios relatos hoy poco conocidos, pero tan bien escritos y planteados que se hace aconsejable recuperarlos. Concretamente, la oscuridad de su autor, probablemente un activista del movimiento obrero belga llamado Jules Noël que firmaba con el seudónimo de Jehan Maillart, ha sido seguramente un obstáculo para la difusión y el reconocimiento de su colección *Contes chimériques* [Cuentos quiméricos] (1895) como una de las obras maestras del cuento simbolista belga, y francófono en general, del que presenta modalidades diversas (fantástica en sentido tradicional, alegórica, especulativa y, sobre todo, épico-fantástica) con una prosa ornada y eficazmente expresiva al servicio de parábolas sugestivas, como la titulada «Le Triomphateur» [*El Triunfador*], con la mayúscula inicial que tiende a convertir a sus personajes en tipos universales. En este caso, se trata de un príncipe que regresa a su capital en un



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

desfile triunfal suntuoso, inspirado en los triunfos de la antigua Roma, pero exacerbados tanto en lo relativo al cruel refinamiento de su desarrollo como a su objeto. De hecho, el príncipe ha vencido y apisionado a todos los monarcas cuyos reinos rivalizaban con el suyo tras unas guerras en las que había dado muestras de una crueldad inaudita, con matanzas preferiblemente de mujeres y niños como forma de marcar para siempre la derrota y sumisión de los pueblos vencidos, así como el destino que podía esperar a quienes se opusieran a su mando.

Esta política prolonga la del padre muerto y se ajusta plenamente a los deseos de la reina madre regente, cuyo gusto por la violencia y el sadismo excluye cualquier diferencia de género en el ejercicio cruel del poder político. En cambio, el propio príncipe regresa de sus batallas con el mismo aspecto de efebo lánguido, sensible e inofensivo que había hecho temer a la madre que no estuviera a la altura del gobierno de una civilización que se afirma en el mundo mediante la guerra y el imperialismo. Su actuación bélica había hecho creer a todos, incluidos sus lectores, que su aspecto delicado, de ángel o de joven Alejandro Magno, ocultaba un alma digna de sus progenitores, pero su discurso final confirma, al contrario, la plena correspondencia entre su apariencia física y su fondo psicológico y moral. Su violencia aparece como un sacrificio de su reputación histórica personal en favor de la de los pueblos y monarcas sojuzgados, que se revestirán entonces de la categoría ennoblecedora de víctimas. Esta consideración históricamente positiva, que parece anunciar la que disfrutaban hoy las víctimas de verdad o de boquilla, cubrirá incluso sus propios crímenes, que seguramente no eran mucho menos graves que los del propio príncipe, cuya crueldad es voluntariamente exagerada precisamente para

garantizar su futuro mal nombre. De esta manera, unos actos moralmente atroces se convierten en la prueba de una postura ética incomprendida, pero esencialmente superior, que se sugiere que dará lugar poco a poco a un orden más pacífico y suave que el que antes imperaba, esto es, que aquel que él había llevado voluntariamente a su paroxismo³, dando así lugar a una interesante paradoja moral.

Desde otro punto de vista, también trata de paradojas morales «Povestea celui din urmă sfânt» [*El cuento del último santo*], relato del poeta rumano Ion Pillat que apareció en 1912 en un breve volumen de cuentos escritos en prosa poética que lleva el mismo título⁴. El personaje ahí designado es una figura de asceta que, tras dedicarse en cuerpo y alma al culto de su dios en las soledades, baja a las tierras donde viven los hombres para convertirlos a su doctrina y fe. Esta labor remite a la realidad histórica de los inicios del cristianismo, pero Pillat no indica que se trate de esta religión. El dios propio del asceta, al que alude como «mi dios» en minúscula, es seguramente uno de tantos que se adoran en los países innominados que visita, tales como los también innominados que residen en los cal-

³ Queda confiada a la reflexión de los lectores de hoy si este príncipe presenta algún paralelismo con la figura del archivillano Adolf Hitler y con el hecho de que el concepto mismo de derechos humanos difícilmente habría podido adquirir circulación universal sin el conocimiento previo de los incalificables crímenes del régimen nazi contra los más débiles, como se da a entender por anticipado en el cuento de Jehan Maillart.

⁴ La traducción se basa en su reedición crítica: Ion Pillat, «Povestea celui din urmă sfânt», *Poezii 1906-1918*, 1, studiu introductiv de Adrian Angheliescu, ediție îngrijită, tabel cronologic, note, tabele sinoptice și postfața de Cornelia Pillat, București, Eminescu, 1983, pp. 434-442.



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

veros a que se alude al principio del cuento. Desde este punto de vista, el santo podría serlo, por ejemplo, de una religión similar a la hindú, en la que existe una arraigada tradición de ascetismo, así como la tendencia de convertir al dios elegido por el creyente en la divinidad suprema. La situación religiosa que se describe es, pues, sincrética, lo que no ha de extrañar en un período en que el orientalismo hinduista tenía numerosos adeptos entre los intelectuales europeos, sin que ello obstase a la explotación innovadora de la teología cristiana (así lo hace, por ejemplo, José Antich en su fantasía alegórica de 1904 titulada *Andrógino*), como hace el propio Pillat al hablar de un dios único que reside en los cielos y que se complacería en la represión de los instintos humanos naturales. Este dios hace al asceta rechazar con indignación y maldecir los dones que le ofrecen por pura bondad desde unos sencillos pastores hasta un joven acaudalado de la ciudad, pasando por una prostituta que le regala alojamiento y compañía. Su reacción, que los generosos paganos apenas entienden, les amarga, con todo, la existencia, pues les hace conscientes de una amenaza divina similar a la de los profetas y santos del judaísmo y del cristianismo. El asceta tampoco gana nada, pues su misión fracasa igualmente y, al darse cuenta de ello, vuelve a su desierto, del que no saldrá hasta transcurridos siete años para volver a llevar su mensaje a los hombres. Su mensaje es ahora el opuesto al anterior. Se ha convertido en una doctrina hedonista y atea que promueve el disfrute de las riquezas que se tengan, la negación del culto religioso por su inutilidad y el rechazo hacia el orden social imperante. Pillat lo describe, desde la perspectiva de las personas del común, como uno dividido en clases por motivos económicos en un nivel histórico correspondiente a las civilizaciones

antiguas, como es habitual en los mundos secundarios de la fantasía épica moderna temprana, pero del que están ausentes monarcas y dirigentes políticos, lo que confiere al cuento un aire de cierta cotidianidad, al modo de las parábolas evangélicas o, más cerca de Pillat, las proferidas por el Zaratustra de Friedrich Nietzsche, cuyo rechazo de la moral de esclavos cristiana podría estar queriendo emular el último santo inventado por Pillat. Pero, mientras el escritor alemán no expone las posibles consecuencias de seguir las prolijas recomendaciones de su profeta, el rumano las muestra siguiendo un procedimiento paralelo al de la narración de la primera salida del santo, también con tres encuentros que demuestran que su palabra, en vez de confortar y traer la felicidad, lo que consigue es perturbar y hacer sufrir. Tras este fracaso, regresa a la montaña de su retiro, donde vuelve a vivir ascéticamente, pero sin esperanza de que su dios le ilumine con la verdad. Por fin decide volver entre los hombres, pero como uno más, sin pretensiones de salvar el mundo.

Otros tres encuentros le permiten hacer el bien simplemente, disfrutando de la compañía de los demás, bendiciendo un amor condenado por las leyes comunitarias y hasta ofreciendo su vida en un acto de suprema generosidad. Es entonces cuando su ejemplo da fruto y recibe la iluminación tan anhelada. Con ello queda también expresada la paradójica ética de la parábola, pues es la renuncia a hacer proselitismo de su propia moral y sus creencias lo que los salva a él y al mundo. Predicar tan solo con el ejemplo le permite alcanzar el objetivo que se había fijado de traer la felicidad a la gente. Así se niega radicalmente el valor ético en la práctica tanto del dogmatismo religioso como de las teorías apriorísticas sobre la realidad y el bien personal y social. El último



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

santo es, al principio, una figura inconfundible de autoproclamado maestro moral y filosófico que eleva a categoría universal unas especulaciones inspiradas por sus propios prejuicios desde las alturas de templos y cátedras. Su prestigio posibilita que otros lleven dichas especulaciones a la práctica, con las consecuencias desastrosas que son de esperar cuando se imponen a la realidad los fantasmas de un lenguaje y una teoría desasidos de la observación de la sociedad y el contacto con los hombres sencillos. Sin embargo, el último santo es, como los sabios y filósofos antiguos, alguien que puede redimirse, porque es su ideal el que determina su vida. Por desgracia, al llamarlo el último santo, el autor afirma que ya no se verá en el mundo a alguien como él. Pillat sugiere que la adecuación íntegra del comportamiento del intelectual a su propia doctrina es cosa, por desgracia, del pasado. No habrá más santos y, si aparecen, peor para ellos, porque otros de su gremio se encargarán de *cancelarlos*, tal y como bárbaramente se dice y hace ahora.

Esta es la triste, pero verosímil historia que narra Alfons Maseras en su cuento «Benagissal, el profeta», cuya versión en catalán se publicó en el volumen titulado *Figures d'argila* [Figuras de barro] en 1927⁵, después de que viera en 1924 la

luz su versión en castellano⁶, con el título

preguntarse si unas circunstancias históricas comunes inspiraron ambas visiones desencantadas de la santidad en una sociedad difícilmente redimible.

⁶ La versión castellana del cuento figura en el sumario de *Figuras de arcilla* (Biblioteca de Catalunya, Ms. 6580) que es una serie de traducciones al castellano de los cuentos catalanes de la colección, hechas probablemente por el propio Maseras (no figura nombre alguno de otro traductor). Esto sugiere que la versión catalana de 1927 era, para el autor, el original del cuento, aunque la propia versión castellana la precedió. De hecho, entre los papeles de Maseras custodiados en la Biblioteca de Catalunya se encuentra el manuscrito castellano de este cuento, de mano de este autor y con tachaduras y correcciones de este (Ms. 6591); también lleva correcciones a mano un mecanoscrito que transcribe dicho manuscrito (Ms. 6582). Es probable, pues, que se trate de un cuento que Maseras hubiera escrito primeramente en castellano. Este indicio se funda, entre otras cosas, en la mención «Inédito para *La Nación*» que figura en la primera edición del texto en ese diario bonaerense *La Nación* (23 de marzo de 1924, p. 5), cuyo texto reproduce exactamente el mecanoscrito mencionado. Por ello, no parece que hubiera sido una traducción no firmada hecha por Joan Torrendell (1869-1937), amigo de Maseras que ya había traducido al castellano otros textos catalanes de este para ese mismo periódico. El texto se reprodujo a continuación, con pequeños cambios, en la revista barcelonesa *Lecturas*, IV, 38 (1924), pp. 727-732, con el mismo título que en *La Nación*, esto es, «Benagissal el profeta». Este no lleva coma en la primera página del cuento, pero sí coincide con el título catalán en los encabezados de las páginas. Como esta versión de *Lecturas* no se ha reeditado ni se encuentra en línea, se reproduce abajo, previa modernización ortográfica y con indicación en nota de las variantes de la versión de *La Nación* (LN). Conste mi agradecimiento a la Biblioteca de Catalunya y a su personal por las facilidades que me ofrecieron para llevar a cabo mi investigación, así como a la investigadora Montserrat Corretger, quien fue la primera en rescatar la figura literaria de

⁵ Como el cuento no se ha reeditado ni se encuentra en línea, sigue en apéndice su texto procedente de la edición original: Alfons Maseras, «Benagissal, el profeta», *Figures d'argila*, Barcelona, Biblioteca Literària, 1927, pp. 145-155. Puede ser interesante a efectos de la historia de la fantasía épica panlatina que, entre las fechas de las dos versiones lingüísticas de este cuento de Maseras, se publicó en castellano un relato de Huberto Pérez de la Ossa que tiene un asunto análogo y presenta similar planteamiento literario. Su título es «El fratricidio del santo» y figura en el sumario del volumen de narraciones *Veletas* (1926). Cabe



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

de «Benagissal el profeta». Las bellas ilustraciones de Joan Llaverias (1865-1938) que acompañan esta versión sugieren una ambientación orientalista del relato, ya que los personajes dibujados aparecen con lenguas barbas y vestimentas de aire judaico antiguo, mientras que la arquitectura y la decoración representadas recuerdan el estilo de Babilonia y la Persia aqueménida. Así se subraya un exotismo geográfico e histórico ecléctico que el texto mismo explota, pero de manera mucho menos específica. Si bien nombres de personas como el del rey Otoniel o el juez Darconías suenan a hebreo, se trata de palabras inventadas, igual que Jaralad, el reino en que se juega el destino del profeta Benagissal, nombre también imaginario. Estas denominaciones responden a un proceso de invención onomástica y toponímica propio de la fantasía épica, que contribuye a situarla también en este caso en un universo ajeno al documentado por la Historia. Este aspecto lo subraya Maseras al indicar desde el principio que no se tiene memoria de la geografía de aquel reino, aunque luego atribuye el conocimiento de aquellos nombres a crónicas de tiempos remotos, con lo que pretende añadir cierto efecto de historicidad a lo contado.

A diferencia de los tratamientos simbolistas de su materia por parte de Maillart y Pillat, Maseras despoja de toda alegoría a su parábola política, cuya expresión narratológica y estilística, con un lenguaje elegante pero mucho más sobrio (y menos poético) que el empleado en la prosa de aquellos dos autores, guarda mayor correspondencia con los modos de escritura del realismo tradicional. Escenas como la de los niños que, en sus juegos, descubren la mazmorra en que ha quedado olvidado

Maseras con una sólida base en la documentación conservada de este.

el profeta protagonista y los diálogos que aquellos mantienen con este denotan una buena capacidad de recrear comportamientos y palabras que resultan creíbles, aunque la situación sea fabulosa dentro del respeto a las leyes naturales. Fabulosa es, por ejemplo, la propia figura de Benagissal, que se dirige a su rey, al modo de los profetas hebreos, no para reprocharle su desobediencia a la divinidad, sino para recordarle que solo renunciar al fasto de su corte y a la diferencia entre la vida muelle de los nobles y la aperreada del pueblo llano era lo que podía atajar el descontento popular. Esta conciencia sociopolítica suya, que es además puramente laica, lo separa fantásticamente de sus modelos históricos, sobre todo bíblicos. También es fabuloso que el rey, tras haber dictado pública sentencia de muerte contra él, lo deje vivir, aunque encarcelado y oculto. Por eso nadie se acuerda más de él cuando se desata y triunfa la revolución que acaba con el antiguo régimen, sustituyéndolo por otro, aparentemente más democrático, dirigido por un triunvirato de jueces supremos. Cuando los niños les comunican a estos que han visto a un hombre encerrado en las prisiones del palacio real, ya vacío, deciden dejarlo allí, sin que nadie más se entere, hasta que el hambre y las ratas les quiten el riesgo de tener que lidiar con un profeta popular y, sobre todo, íntegro, que podría criticar sus decisiones como lo había hecho con las del rey y soliviantar de nuevo al pueblo contra los nuevos gobernantes, sin los escrúpulos morales que habían influido, pese a todo, en el antiguo monarca, llevándolo a no ejecutar a Benagissal. Los amigos del pueblo, que se sirven con gusto de la gente armada, llevan a la práctica una *realpolitik* ayuna de ética, lo que no augura un régimen mejor que el anterior. Cuál será el curso de este nuevo régimen lo han de imaginar los lectores, aunque el hecho



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

de que la memoria de Benagissal se conserve sugiera que su rectitud tuvo escasos sucesores. Tampoco invitan al optimismo las analogías con tantas revoluciones del mundo real, con todo su cortejo de ejecuciones, entre otros, de escritores y pensadores creídos disidentes u obstáculos al ejercicio de una tiranía que, al menos durante un tiempo, se reveló como más letal que la de los monarcas anteriores. Maseras no exime en absoluto de responsabilidad al imaginado por él, que ha escuchado a su corte en vez de considerar las justas reivindicaciones del pueblo presentadas por Benagissal, pero ello no le impide tampoco observar que los liberadores y protectores del pueblo no se guían más que por su propia ambición de poder. Es la vieja y eterna historia de la política, que Maseras nos vuelve a contar mediante una parábola épico-fantástica original que, sin acusar regímenes reales en concreto y escapando así al riesgo de la propaganda a favor o en contra, torna lo fabuloso en tristemente fiel a la realidad de ayer y de hoy, especialmente en los países víctimas del populismo de cualquier signo que se dejan llevar por promesas y cantos de sirena en pos de un paraíso social que nunca llega, mientras que el infierno político se hace bien presente.

Este sueño de un porvenir mejor que acaba siendo una pesadilla constituye el motivo principal de «As cavernas do vento Sul» [*Las cavernas del viento sur*], otra parábola exótica algo posterior que uno de los periodistas más reputados del Brasil de la primera mitad del siglo XX, Humberto de Campos (1886-1934), publicó en 1932 en un periódico de Río de Janeiro⁷ y recogió en un volumen misceláneo de crónicas periodísticas y cuentos titulado *Lagartas e libélulas* [Lagartijas y libélulas]

⁷ Concretamente, en *Diário Carioca*, v, 1230 (11.8.1932), p. 1.

(1933)⁸. En la primera versión publicada, precede al relato la cita de un pasaje de Heródoto en que este cuenta de manera muy sintética la historia de los psilos, un pueblo legendario que habría perecido en el desierto de Libia tras resolver ir a combatir el viento que cegaba sus pozos, pero este los sepultó en la arena. Campos amplía el sucinto informe griego y lo expande, universalizándolo a la manera épico-fantástica simbolista, si bien la escritura de Campos es plenamente novecentista, con discretas figuras retóricas que animan un discurso ficcional muy semejante al de los cuentos fantásticos de Jorge Luis Borges, a cuyo estilo recuerda el de este relato brasileño, sin que ello signifique que existiera influencia alguna del brasileño en el argentino. Era simplemente una de las estéticas de la época.

La amplificación operada por Humberto de Campos se realiza mediante la transferencia de la acción a un mundo secundario localizado en un Desierto, con mayúscula inicial, en el que se adentra una tribu innominada que tiene sus propios dioses. Esta no se identifica expresamente con los psilos y tampoco cabe hacerlo con los árabes, el pueblo del desierto por excelencia en el imaginario de los pueblos de cultura europea, ya que el único nombre que se indica es el de un anciano y, como tal, autoridad, llamado con el nombre de Saúl, como para evocar la peregrinación bíblica de los hebreos como

⁸ El texto de la traducción sigue el de una reedición de este libro: Humberto de Campos, «As cavernas do vento Sul», *Lagartas e libélulas*, Rio de Janeiro – São Paulo – Porto Alegre, W. M. Jackson Inc., 1954, pp. 159-163. A falta de una edición académica moderna y de un texto digitalizado de esta versión en volumen, reproducimos en apéndice el texto portugués original con la ortografía modernizada, añadiendo el epígrafe de la edición en el *Diário Carioca*, a título informativo.



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

análoga a la emprendida por las tribus ficticias y, al mismo tiempo, resaltar implícitamente sus diferencias. Mientras que el mítico éxodo de Egipto había sido forzado y los hebreos no buscaban sino una tierra fértil donde asentarse, la tribu de Campos se aparta también del móvil indicado por Heródoto para sus psilos (vengarse del viento del desierto por haber cegado sus pozos) al señalarse desde la primera línea que esa tribu imaginaria vivía en un lugar donde no carecía de nada para su subsistencia, pero que su expedición al desierto se debía a su deseo de explorar los límites del territorio que se ofrecía a sus ojos, codiciando su conquista y colonización. Sin embargo, la expedición es un desastre, porque lo que encuentran es solo el desierto. Pero, en vez de regresar, cavan cisternas, cazan lo que pueden, perseverantes en su empeño incluso cuando las tormentas de arenas arruinan una y otra vez el pobre fruto de sus esfuerzos. Alcanzado ese punto, el anciano Saúl los convence para que no intenten hallar el camino de vuelta y, en vez de ello, se dispersen en busca de las cavernas de donde sale el Viento, ahora escrito con mayúscula inicial para expresar la categoría de maléfico ente sobrenatural y tal vez divino, a la manera del paganismo ficcional épico-fantástico. El resultado de ese combate será seguramente el mismo que el historiado por Heródoto, pero el autor brasileño prefiere cerrar su parábola con un final abierto, antes de desarrollar, en forma de breve ensayo tipográficamente separado de la narración, uno de los posibles significados de esta.

Según su propia interpretación, las tribus que luchan contra el Viento Sur son una metáfora de los pensadores que, en su afán por conocer la causa última de los males humanos para afrontarla, se embarcan en reflexiones que los llevan más allá de lo materialmente cognoscible,

perdiéndolos en los desiertos infértiles de las quimeras especulativas de imposible aclaración definitiva. Sean estas quimeras de orden metafísico o teológico, Campos sugiere mediante la narración, sobre todo en el pasaje en que el anciano convence a la tribu de adentrarse más aún en el desierto hasta llegar a las cavernas del Viento enemigo, que las quimeras de los pensadores no se quedan en la esfera de las ideas, sino que tienen consecuencias en la vida de las personas, cuando la especulación se convierte en teoría que ha de llevarse a la práctica para solucionar todos los problemas, incluso los irresolubles. Sin embargo, una perspectiva distanciada, como la adoptada por el narrador objetivo del cuento, sacaría a la luz las aberraciones a que conduce la realización de una doctrina que, para el pueblo que comparte una determinada cosmovisión ideológica, sea esta religiosa o de otra índole, se reviste con el prestigio y la autoridad de sus clases reflexivas, los ancianos de la tribu ficticia de Campos y de numerosas sociedades tradicionales, o los clérigos, filósofos, profesores e intelectuales de las grandes civilizaciones antiguas y modernas. Por uno que, como el último santo de Pillat acabe renunciando a la manía de salvar el mundo mediante las más variadas y disparatadas doctrinas, ¿cuántos no han acabado coartando la libertad y la dignidad de la persona con hogueras inquisitoriales, matanzas y campos de concentración en nombre de un supuesto bien común, previa alienación ideológica tanto de los de arriba como de los de abajo? Frente a tales pretextos, el ejercicio puro del poder por el poder como lo hacen los soberanos combatientes del cuento de Maillart tiene al menos la ventaja de no ser hipócrita. En un caso u otro, lo que se desprende claramente de estas parábolas es que la fantasía épica, pese a lo exótico de unos escenarios que una crí-



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

tica pedestremente adepta del *realismo* podría considerar indicios de escapismo, ofrece amplio campo para la reflexión y que esta, al menos en la esfera cultural panlatina, es trágicamente lúcida. El realismo del tipo de fantasía épica que ilustran

estos ejemplos representativos lo es también moral. Incluso cuando existe una especie de eucatástrofe, como la sugerida en «Le Triomphateur», se trata de una literatura del desengaño o, en otras palabras, de la verdad que nos hace libres.

Jehan Maillart

El Triunfador

Tras haber vencido a todos los Reyes, sus vecinos a quienes había declarado la guerra, al día siguiente mismo de su coronación en la ciudad santa de Hardahán, se puso a la cabeza de su ejército victorioso y marchó hacia su capital. A su paso, las naciones arrodilladas estallaban en ardientes aclamaciones, espantadas por el nuevo amo que acaba de revelarse, porque había sacado cruel ventaja de su victoria y su endeble brazo pesaba duramente sobre los pueblos. Para realzar la gloria de su bárbaro triunfo, arrastraba en su séquito a la lamentable hija de los Príncipes, sus antiguos rivales, a quienes había desposeído y cuya corona había roto. Luego venían los rebaños innumerables de soldados hechos prisioneros en las batallas libradas en las que la fortuna los había traicionado, pues no había perdonado sino a los varones: había ordenado que pasaran a cuchillo a las mujeres, los niños y las vírgenes, complaciéndose de forma evidente en exasperar el odio y la rabia de los vencidos mediante una inútil crueldad. Marchaba, tranquilo y sereno, a la luz de los incendios que había ordenado y que le hacían una aureola de gloria feroz. Sus capitanes, orgullosos de tal Rey, cabalgaban a su lado, radiantes y triunfantes, porque les había dejado generosamente el rico botín de los desgraciados a quienes habían exterminado por orden suya. Y, sin embargo, incluso en el resplandor de esta gloria parecía entristecido y su bello rostro permanecía melancólico. Los pueblos sojuzgados que se inclinaban ante él se preguntaban con sorpresa y asombro si se trataba verdaderamente de aquel cruel victorioso que los había hecho temblar. Sus ojos juveniles no reflejaban sino la dulzura y de ellos parecía desprenderse la bondad como de una fuente

fresca. ¿Era él el Carnicero de quien solo se hablaba en voz baja y cuyo nombre no se atrevían a pronunciar las madres? ¿O bien el peso de sus abominaciones ya sobrecargaba su joven alma y secretos remordimientos perseguían al altivo vencedor? Su silencio sorprendía a los soldados, porque sus aclamaciones entusiastas no le mudaban el rostro y la misma tristeza no dejaba de envolverlo con su manto real. Entonces se hablaron en voz muy baja; sin duda pensaba en su madre, la vieja Reina de ojos de águila, que lo había impelido a esas expediciones lejanas y que, en esa alma de niño cuya bondad de paloma la había asustado tantas veces, había querido verter el veneno feroz del odio. Se acordaban, en efecto, de haber visto jugar de pequeño, pálido y blanco entre los lirios del jardín del Palacio, a quien ahora escoltaban en el ardiente triunfo. Y la muerte de una de esas flores, que él amaba, lo volvía lánguido durante horas y, más de una vez, el Rey, su padre, había pensado con amargura que su hijo no sería digno de él ni de su raza. ¡Cómo se había equivocado el rey glorioso!

La fuerte espada de los antepasados no había flaqueado en su mano y debían estar orgullosos de él, y sus cenizas habían debido de estremecerse en sus tumbas al ruido de sus victorias. ¿De qué podía quejarse y por qué esa tristeza y ese desánimo que parecían acrecentarse según iban acercándose a la vieja capital? Los jefes se inquietaron entonces. Creyeron que las alegrías del glorioso triunfo habían quebrado el alma aún endeble del Rey. ¿O bien era la idea de volver a ver la vieja águila que allí lo esperaba, temiendo no haber cumplido lo bastante con sus exigencias?

Podía estar tranquilo: ¡estaría orgullosa de su hijo!



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

Pronto se dibujó en el cielo encendido, en la gloria del Sol, la ciudad inmensa, con innumerables palacios cuyos mármoles reflejaban el oro de las torres en su oriental palidez.

Ante ellos se presentaba el cortejo de sacerdotes, vírgenes y antiguos héroes que venían a traer a los guerreros los homenajes y los presentes reservados a los vencedores. Seguía el populacho, que lanzaba aclamaciones formidables que les llegaban como el ruido del oleaje inmenso de los mares, feliz como estaba por haber encontrado por fin unos amos soberbios ante quienes poder inclinarse.

Entraron por la gran puerta triunfal reservada a los vencedores, mientras que, en las cuatro esquinas de la ciudad, los cuatro heraldos anunciadores de las victorias, con el pecho hinchado como una colina, soplaban en sus trompas resonantes de oro, que lanzaban bien lejos, por encima de las montañas santas, la noticia de la llegada. Y entonces se vio bajar de sus montes inaccesibles a los extraños habitantes de las cavernas, que no las habían abandonado nunca, y a los pastores indómitos que habían descuidado sus rebaños por la curiosidad de ver de cerca el astro deslumbrante que se elevaba y al que anunciaban tan ardientes clamores.

El triunfal cortejo llegó por fin al Real Palacio de torres innumerables y en cuyos escalones, con su mano enflaquecida apoyada en el pescuezo leonado de su tigre favorito, esperaba la reina, madre del héroe que el pueblo aclamaba. — Esperaba llena de orgullo, envuelta en su largo vestido de púrpura sangrienta, gozosa de volver a ver al hijo cuyas gloriosas victorias dilataban su vieja alma. — Y recordaba sonriente las inquietudes de antaño, cuando gemía al verlo, soñador y tan endeble, jugar entre las flores pálidas de los jardines. Recordaba los reproches amargos e irritados del Rey, su esposo. ¡Qué

pena que no estuviera él allí ahora! — Porque era su obra, de ella, ese héroe que regresaba rojo de gloria, superior a todos los de su antigua raza. — Se deleitaba en su venganza, pensando en los enemigos hereditarios que él había domado finalmente y que le traía sin duda encadenados, como una presa que ella iba a sentir palpitar bajo su ancha mano.

Llegó al fin, pero la inquietud embargó todo su ser cuando leyó en su rostro la terrible tristeza que no lo había abandonado y que las aclamaciones de la idólatra multitud no habían podido disipar. Reconoció el sello antiguo que había marcado desde su infancia su joven frente y cuyo origen había buscado ella en vano. Sin embargo, pensando en los ruidos de las luchas pasadas y en los terribles castigos infligidos a los derrotados por el implacable niño, pronto se tranquilizó y se entregó por entero a la alegría. Y sintió su corazón retumbar de dicha sobrehumana cuando vio el triste desfile de los Príncipes rebajados que se inclinaban ante ella y besaban con humildad los pliegues del vestido que ocultaban sus pies bárbaros. Entonces, mientras los observaba con un desprecio cruel, se imaginó los suplicios que les haría sufrir. Y su corazón se dilataba de senil orgullo al pensar que los tenía, a esos hombres antes adorados como Dioses, en su femenina y fuerte mano.

Entonces, imaginando los gozos futuros, miró a su hijo, enternecida de pronto:

—¡Oh, mi rey; oh, hijo mío! —exclamó, y su voz áspera y envejecida sonaba como una trompeta rota a fuerza de resonar en las batallas—, ¡gloria a ti que regresas a este palacio, cuyos muros temblarán a partir de ahora al sonido de tu voz, cubierto del manto ilustre de los guerreros! ¡Sabía que vencerías y que la sangre pura de los viejos Reyes, tus antepasados, no



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

había palidecido en tus nobles venas! Estaba segura de ti. Y mi viejo corazón se ha estremecido al oír contar las épicas victorias y los castigos esperados que las han coronado, estableciendo así para siempre sobre tus enemigos sojuzgados tu Derecho, desde ahora irrevocable.

Y, levantando los brazos, de los que caía en pliegues amplios y majestuosos la roja púrpura, parecía invocar como testigo al Sol, hermano de los Reyes, que la hacía resplandecer como una sacerdotisa, bajo la iluminación de los fuegos del Santuario.

Entonces, los Reyes vencidos inclinaron más tristemente la cabeza, porque presentían las venganzas futuras. Pero el Rey-Niño extendió lentamente la mano y habló así:

—¡Oh, Reina! ¡Mal conoces mi corazón y su bondad! Cuando, siguiendo tu deseo e impelido por ti, llevé la guerra a los Reyes vecinos míos que rechazaban pagarme tributo, me embargaba, lo sabes, una ciega piedad por el Pobre y el Débil. Pero, con las primeras victorias reportadas, la

luz se hizo en mi alma. Y vi que no podía perdonar, que mi árida piedad no habría servido más que para hacerles aparecer ante los siglos futuros, esos jueces inmortales, cubiertos del oprobio de una vil derrota. Y cuidé de su gloria... sacrificándoles la mía. Haciéndome, mientras me estremecía de horror, su verdugo, incendié sus ciudades, exterminé a sus mujeres y sus hijas, porque así era la ley suprema del destino. Rompí sobre sus cabezas ensangrentadas la brillante corona, ya demasiado pesada para ellos, para que, ante el legendario porvenir, pudieran resplandecer rodeados de una aureola nueva. Así les devolvía una cien veces más bella y luminosa que la que les había arrebatado. Pero ahora lloro mi gloria desaparecida, porque la imagen del triste vencedor pronto se perderá en la noche, cuando la suya ascenderá como una estrella preciosa a los grandes cielos lejanos.

Y el Triunfador calló, mientras que los Reyes vencidos alzaban hacia él miradas de agradecimiento en las que acababa de abrirse, como una flor divina, la Esperanza.

Ion Pillat

El cuento del último santo

Había vivido en la soledad de las montañas entregado en cuerpo y alma al dios al que rezaba, pero cuando nació la primavera lo embargó una gran alegría. Entendió que, electo entre los electos, sería el último santo que llevara la palabra fértil para la salvación del mundo. Abandonó su apartamiento y se puso en camino hacia oriente.

Bajó entre bosques de hojas nuevas, que mecía el viento, a un valle sombreado por los castaños. De la piedra a un chortal de madera manaba el agua, que llenaba un cántaro, se derramaba más abajo y en ella se abrevaba un rebaño de ovejas. El dueño del rebaño, la dueña de la tina, en su mutua inclinación, habían olvidado sus bienes, pero, al divisar al viajero, el pastor se le acercó mientras sacaba del zurrón pan caliente, requesón y miel:

—Forastero —le dijo—, los dioses de los calveros te bendigan los alimentos, porque ellos nos han dado la miel luminosa. El pan lo ha fermentado mi amada y el requesón lo he hecho yo.

Y la muchacha, trayéndole agua pura, le dijo:

—Forastero, con él he sacrificado un cabrito al dios de esta fuente; bendita sea tu bebida.

Entonces el último santo, enojado, agarró el cántaro y lo arrojó a las piedras del camino y, cogiendo las provisiones, las tiró.

—Terrible y sin remedio es vuestra locura —gritó él—. No hay más que un solo dios; frente a él han perecido los dioses mentirosos como las estrellas de la noche cuando sale el sol. Él no desea sacrificios manchados de sangre, sino que pide nuestras almas. En verdad os digo, condenados quedarán para siempre los insensatos que aman seres efímeros de barro.

Al oírlo, la muchacha rompió a llorar.

Con los ojos arrasados de lágrimas

permanecía el muchacho, que no entendía por qué les había matado la felicidad.

Él, continuando su camino, llegó a las murallas de una ciudad blanca, a la orilla del mar sonante. Al entrar por la puerta en la ciudad, se encontró con un mozo vestido de seda adornada de piedras preciosas. Tras él venía una joven extraordinariamente bella; seguían cuatro moros con turbantes trenzados que llevaban a la espalda toda clase de riquezas desconocidas y dos, adelantándose, empujaban con la palma a la muchedumbre para abrirles camino. Y como el ermitaño, pasmado como alguien que había vivido apartado en la soledad, embarazaba el paso, los moros arremetieron contra él para echarlo a un lado. Pero, deteniéndose, el joven dijo:

—Forastero, como así muestra tu traje, sé bienvenido a la ciudad y que los dioses te sean propicios. Hoy me han traído las naves dádivas allegadas en riberas lejanas y una doncella esclava más hermosa que la luz.

»Bendito es el día de hoy.

»Quiero que todos se alegren conmigo y tú, forastero agradable a mis ojos, dime qué deseas y satisfaré tu deseo. Tengo vestimentas muy caras; con ellas te podrás vestir. Tengo casas de cristal con árboles alrededor, de manera que crees estar en un jardín; en ellas te voy a hospedar, y muchachas cimbrenas bailarán con ramas de avellano meneando el cuerpo y los cantantes tocarán instrumentos de cuerda para ti.

Entonces, tomando monedas de oro de cajas de leño de rosa, el joven las lanzó a la muchedumbre que se había reunido en torno y se acercó al último santo para conducirlo, apoyando sus pasos, hacia sus mansiones. Furioso, el santo le respondió diciendo:



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

—Terrible es tu locura y sin remedio, rico en bienes efímeros, mejor me asemejaría a los mendigos de las murallas de la ciudad que a ti, ciego con ojos para ver y que no ves.

»Uno es el dios que reina en los cielos. En su pensamiento es nuestro mundo un instante y tú, condenado, entre dos eternidades has elegido el instante, perdiendo para siempre la vida eterna.

Al oírlo, el pueblo empezó a reírse como de alguien con poco seso, pero el joven, callado, lloraba, sin entender por qué le había matado la felicidad.

Más adelante, fuera de la ciudad, en el camino había alguien desnudo, emporcado de polvo, cubierto de las llagas de la enfermedad, que gemía de sufrimiento y miseria, y quienes pasaban le tiraban una moneda de cobre. Entonces el santo, inclinándose ante él como ante una imagen, dijo:

—Felices los pobres en la tierra.

Pero el mendigo respondió:

—¿Por qué te burlas de mí? Dame la debida limosna y que los dioses te lo paguen.

Pero él no tenía para darle ni monedas de cobre ni monedas de plata, sino solo la palabra fértil en salvación.

Con ojos llenos de dolor lo miraba el mendigo y el último santo se alejó como puesto en fuga.

Atardeció. — Una gran paz reinaba en los senderos serpenteantes, en los setos vivos de escaramujos en flor; cantaban las fuentes ocultas en la hierba tierna y por la lejanía se abría paso un ruido de esquilas. Y, en todas partes, su palabra engendraba sufrimiento. Al anochecer llegó a una ciudad edificada al pie de una colina. Centinelas impedían que nadie penetrara en ella tras ponerse el sol. Cuando vagaba sin techo para guardar su descanso, se le acercó una mujer:

—Forastero, es tarde; no vas a encon-

trar posadas y aquí los hombres no son hospitalarios. Ven, sé el dueño de mi pobreza. Mi bien es mi cuerpo y los viajeros me lo compran desde mi infancia; a ti te lo regalo gozosa.

Frunciendo el ceño, la arrojó de sí, reconviniéndola por su vida, alabando las doncellas benditas ante quienes se abrirán las puertas celestes.

Ella se marchó llorando sin entender por qué el primero a quien no le vendía su cuerpo la rechazara condenándola.

Lo embargó un temor inexplicable y se inclinó ante el dios de su alma:

—Señor, apiádate de tu siervo e ilumínalo. Se ha hecho de noche en la tierra, una sombra pesa sobre mi alma, porque he lanzado la semilla de tu fruto y de ella solo nace dolor.

Se volvió a la soledad de las cumbres harto elevadas.

Siete años vivió apartado, consagrando el alma y el cuerpo al dios al que rezaba, pero cuando entendió que en él residía la palabra de la verdad para la felicidad del mundo, abandonó las montañas y se puso en camino hacia occidente.

Bajó por los bosques tres días y llegó a un río que corría entre trigales.

Por el agua venían naves cargadas y los bateleros cantaban mientras desplegaban las velas rojas.

En los calveros, los pastores, recostados en el tronco de las hayas, tocaban el caramillo; los hombres, mientras segaban el trigo de las mieses, se regocijaban de su trabajo. Más adelante, en un altozano se levantaba la mansión señorial, con un porche y un saledizo ancho de chilla. El dueño de la hacienda le salió al paso y lo invitó a entrar según la costumbre del país. El forastero aceptó la hospitalidad de buena gana, pero, al entrar en la casa, se asombró de verla sin adornos, igual que la cabaña de alguien del común.



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

—Hombre rico —dijo—, vives con privaciones teniendo trigales, rebaños y naves en gran número. Grande es tu locura y sin remedio. En verdad te digo, la vida es breve y la muerte nos acecha. Te consideras feliz sin conocer las cosas buenas del mundo.

La sonrisa se borró en la mirada del huésped al oírle estas palabras. Hizo llamar de prisa a los capataces; a uno lo puso al mando de los segadores, a otro de los pastores y a otro más le confió los bateles con sus bateles, con la orden de que llenaran las estancias de monedas de oro pesadas.

Desde entonces y cada día llegaban a la mansión, con collares de campanillas al pescuezo, las mulas que le traían sus bienes en sacos y arcones ferrados.

Derribó los edificios de piedra y erigió otros de mármol puro, dispuso jardines nunca vistos, ocultó su cuerpo bajo sedas, trajo hermosas siervas para su deleite, pero no estaba satisfecho. Seguía anhelando otras riquezas y otros cuidados que lo ocuparan; se había desvanecido la paz de su corazón. Dijo al forastero, que partía dándole las gracias:

—¿Por qué me has matado la felicidad?

Y el último santo se marchó, lleno de desasosiego.

Por donde pasaba, los hombres, bajo el ardor del sol de verano, sufrían por llenar de oro los sótanos abovedados, maldiciendo su sino, y él cantaba en vano las canciones de antaño.

Bajando por el camino, llegó a una fuente que manaba entre adelfas. El cielo se reflejaba en el agua y con el cielo se salpicaban un zagal y una muchacha, que reían inocentes.

Al divisar al viajero, lo invitaron galantemente a refrescarse y a saciar su sed. El desconocido habló:

—Os digo que estáis locos, porque os alegráis y no sabéis lo que es la alegría;

no conocéis el amor, ni tampoco el estremecimiento del deseo. Breve es el tiempo; coged hoy sus frutos, mañana será demasiado tarde.

Al oírlo, se turbaron las miradas del muchacho. Ansioso, tomando los labios de su compañera, los mordió al besarlos hasta hacerlos sangrar, y ella, lastimada, rompió a llorar. El llanto sacudió su tierno pecho y el muchacho, compungido, permanecía de pie, confuso.

—¿Por qué nos has matado la felicidad?

Y el viajero se alejó sin responder.

Y siguiendo su camino, se encontró con alguien que rezaba ante las imágenes de piedra en las encrucijadas, golpeándose la frente en la tierra batida. Entonces se acercó a él el santo y dijo:

—Espantosa es tu locura, hombre que te inclinas ante piedras del camino. Se pierden los tesoros intocados por ti y el sueño de la muerte no tiene ensueños. Yo te digo: mi dios me ha enviado a predicar a la tierra el valor de la vida fugaz.

Pero, al desvanecerse la luz de la fe de los ojos de quien rezaba, se sombrearon de dolor y el hombre le dijo:

—¿Por qué me has matado la felicidad?

En la calma de la tarde llegó a la puerta de una ciudad. Sus torres, finas como minaretes, se elevaban hasta el cielo del crepúsculo y su piedra era unas veces azul y otras verde, según la luz.

Entonces, de la cima de cada una prorrumpió por turno la llamada de los centinelas de la noche, anunciando a los hombres el inicio del señorío de las sombras y por turno se apagó el fragor de la ciudad, como si se hubiera alejado. Y, al grito de la última torre, se hizo un silencio por todas partes como de muerte.

En silencio caminaba el santo cuando oyó dos voces cantando junto a los muros;



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

allí divisó un mozo y una muchacha, que se esforzaban por sacar agua de la boca de un pozo con un odre. Al verlos alegres, trabajando cuando todos se reposaban de los cuidados del día, se extrañó y les dijo sorprendido:

—Estáis desnudos y os atormentáis hambrientos hasta la noche para ganar el pan malo de centeno; perdéis el vigor de la juventud y a otros la vida les lanza dádivas. Locos, ¿cómo podéis cantar no conociendo la felicidad?

La muchacha de ojos vulpinos, fijándolo, terminó su canción.

—Hablas verdad —le dijo y, al pasar uno vestido de lino, se fue con él, por una moneda de plata.

Mientras, el mozo, olvidando la canción, le dijo:

—Hablas verdad.

Y al venir uno con un traje cosido con hilo, sacó el cuchillo y lo apuñaló por una moneda de oro.

Entonces se alejó horrorizado el último santo. Vagó la noche entera como un asesino. Cuando dejó de caminar, se encontraba a la orilla del mar sereno. La luna, duplicada en él, rodaba por el cielo recorriendo las aguas.

—Señor —rezó él—, apiádate de tu siervo e ilumínalo. Has puesto la luna de guía de las olas viajeras. A las caravanas perdidas en la arena del desierto les has dado las estrellas del firmamento para abrirles senderos, pero a mí me has abandonado. He enseñado a los hombres a despreciar los bienes efímeros para la salvación del mundo y he cosechado dolor; he enseñado a los hombres el valor de la vida para su felicidad y solo he sembrado sufrimiento y odio. Creía que hablaba tu palabra y no era la tuya; contigo creía caminar...

Y se volvió completamente solo a las recias cumbres.

Vivió años y años en la soledad de las montañas. Había perdido hacía mucho el hilo del tiempo. Tan solo rezaba, entregado en cuerpo y alma.

Los ojos fijos en sí mismos reflejaban sin esperanza las hojas nuevas de la primavera y las hojas de orín del otoño, y las criaturas de los bosques, viéndolo inmóvil, se le acercaban sin temor. Venían ardillas que saltaban de rama en rama para tocarlo asombradas, corzas mansas apoyaban su fino hocico en su hombro y aves de rapiña le tejían coronas con sus vuelos.

Un invierno, un oso se acostó a sus pies; entonces llegaron jabalíes uno detrás de otro y lobos, tiritando, salieron de la espesura de los abetos cubiertos de nieve a calentarse ante su hoguera. Y, entendiendo que no hablaría nunca la palabra del Señor, bajó como un hombre a morir entre los hombres.

Tras caminar tres días por los bosques, llegó a un país habitado, y era otoño en las colinas. La vid, unida a las ramas de los olmos, suspendía de árbol en árbol los pesados racimos; el melocotón maduro caía en la hierba, igual que las peras y las manzanas rojas. Y los campesinos de los pueblos ocultos de las cañadas habían venido a cosechar los frutos de la tierra. Con artesas sobre la cabeza, subían cantando las muchachas a los viñedos a vendimiar las uvas y los mozos arreaban los burros que transportaban cestas llenas hacia el lagar cercano. Los niños golpeaban los nogales con pértigas para recoger sus nueces y sacudían los ciruelos para apoderarse de sus ciruelas redondas. Por la tarde se encendieron hogueras numerosas en las laderas; en la bodega, ahogando sus penas en el mosto nuevo, los viejos miraban el corro de los jóvenes, que giraba entre gritos y alegría. Tan pronto vieron al viajero, lo invitaron a sentarse entre ellos. Y el ermitaño, bendiciendo su mesa, banquetó y, hablando con su misma habla de



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

ellos, se alegró, porque ya no pensaba en la salvación y la felicidad del mundo. Y queriendo marcharse al día siguiente, le rogaron que se quedará aún entre ellos, porque sus palabras eran más dulces que las frutas del otoño. Permaneció con ellos siete días y, dejándolos con el alma serena, dejó corazones sosegados.

Más adelante, por caminos de tierra, llegó a una ciudad rodeada de cipreses tan altos que no dejaban pasar el sol, ni tampoco la luz de la luna. A su sombra, acostados bajo las piedras blancas, dormían su sueño los muertos de la ciudad. Muchas lápidas estaban partidas y con musgo verde encima, letras inscritas con cincel recién adornaban muchas y, levantada, una sola esperaba su muerto. Era joven: tendido sobre la hierba, parecía descansar del trabajo del día y una mujer a su cabecera lloraba, porque había sido su madre. Y el viajero, acercándosele, por la piedad que sentía hacia ella y no por creer en la vida futura, dijo:

—La paz sea contigo. ¿Por qué lloras? Solo duerme el despertar de los cielos.

Y la mujer, al oírlo, se enjugó las lágrimas y la esperanza floreció en ella.

—Tú debes de ser el último santo, porque tu palabra aplaca el dolor.

Él respondió:

—No soy el llamado del Señor, sino alguien que ha venido como un hombre a morir entre los hombres...

Y, lleno de paz, entró en la ciudad.

Mientras caminaba por las angostas callejuelas, se encontró con dos enamorados y ellos andaban con la cabeza gacha en señal de tristeza.

Le dijo el muchacho:

—El sacerdote nos ha echado condenándonos, porque nos hemos amado y nuestro deseo está fuera de la ley. Ahora estamos malditos para siempre, nadie quiere bendecir nuestro amor.

Y ella le dijo:

—Soy de otro país y otros son mis dioses.

Entonces, por amor a ellos y no por fe, el ermitaño habló:

—Bendito es vuestro amor y agradable a mi dios.

Y, tras oírlo los enamorados, exclamaron gritando:

—El último santo debes de ser, porque has sanado nuestro tormento.

Pero él respondió:

—No soy más que un hombre y como un hombre he venido.

En una encrucijada estaba uno con un cuchillo en la mano y odio en la mirada, acechando en la noche. Acercándose a él, le preguntó:

—¿A quién esperas?

El hombre respondió:

—Vengo cada noche y no he aprendido otro trabajo.

Entonces, poniendo la mano derecha sobre su hombro, le dijo con bondad:

—La paz sea contigo. Muchos son los caminos de la vida e inescrutables. Que mi bendición sea sobre ti y escucha mi ruego: hoy deja que sea yo el matado. Soy viejo y he venido a morir entre los hombres.

Pero, al oírlo, el espanto embargó al asesino, que cayó a sus pies, arrepentido:

—Enviado para librarme de la perdición, sálvame tú, porque hablas la palabra de Dios.

Y el viajero, por amor a él y no por su fe en el juicio final, le dejó creer que era el santo que perdonaba los pecados.

Se ponía el sol cuando salió el ermitaño de la ciudad...

Reinaba en los prados del otoño una honda paz, y también en su corazón, porque sus palabras habían dado fruto como frutales fértiles.

Y caminó por el camino batido durante miles de años y se sintió cansado con la fatiga de todo ese tiempo. En la lejanía, sonó de repente el canto de los vendimia-



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

dores con la fuerza de una llamada, y entendió que la muerte estaba cerca. Llegó a la orilla de un mar y el agua serena era como su alma.

Sin temor, sin esperanza, se acostó en

la arena y se quedó dormido, mecido por las olas suaves.

Y los pescadores, llegados con la red para pescar, se maravillaron al encontrar el muerto y sus ojos llenos de luz.

Alfons Maseras

Benagissal el profeta

El rey Otoniel moraba en la ciudad de Jaralad. Hoy en día los hombres ya no tienen memoria de dónde estaba edificada la ciudad de Jaralad ni de las tierras que comprendía el reino de Otoniel. Pero las crónicas de los más remotos tiempos nos han conservado sus nombres y el del profeta Benagissal, hombre recto y sin pecado.

Vivía el rey Otoniel en el castillo que edificara su padre y que se levantaba en medio de la ciudad de Jaralad. Con él vivían la reina, los príncipes de la casa real, los ministros, los intendentes y la gente armada que guardaba el castillo. Y alrededor de la fortaleza se extendía la ciudad, orgullosa de proteger la morada de Otoniel.

Con demasiada frecuencia, abriendo las puertas al holgorio y al derroche y resplandeciendo con sus mejores galas, el castillo vibraba como una colmena, pues el rey amaba los festines. Y amaba también la opulencia y las riquezas, que amontonaba en sus cámaras y en las de los príncipes y distribuía entre sus servidores. Y para poder satisfacer su avidez de placeres y su pasión por el oro, imponía pesadas cargas a sus súbditos, quienes las soportaban pacientemente. Pero cuanta más opulencia ostentaba la corte, más miseria había en Jaralad. Y esta miseria, cada día más espantosa, engendraba querellas, injusticias y crímenes. Los súbditos de Otoniel eran desventurados; hasta que un día se amotinaron, y en gran multitud pretendieron asaltar el castillo para pedir clemencia al rey. Pero los guardas contuvieron al pueblo y no le dejaron penetrar en el castillo.

En esto, Benagissal, el profeta, que oía el clamor del pueblo, lloró en su corazón por las injusticias que aquel sufría. Y por

la noche, cuando nadie podía verle, se encaminó al castillo para hablar con el rey. Y cuando hubo sido conducido a la cámara real¹, Otoniel se lamentó² de la insolencia del pueblo.

—Tú lo has querido —díjole Benagissal.

—¿Y cómo podía quererlo yo, si siempre me he esforzado en vivir en paz con mis súbditos?

Entonces Benagissal habló a Otoniel, y le dijo³:

—Para un rey sabio y prudente, el amor del pueblo ha de ser preferible a las lisonjas de los cortesanos; el bienestar de los súbditos ha de ser preferible a las riquezas de la corte. Ni tú ni tus ministros habéis obrado de acuerdo con la justicia; por eso el pueblo clama ahora contra vosotros. ¡Ay de ti si sigues oprimiéndolo como ahora, pues tarde o temprano se vengará!

Los ministros de Otoniel habían escuchado las palabras de Benagissal y suplicaron al rey que les escuchara. Y el ministro que entendía en los negocios de la justicia dijo a Otoniel:

—Quítate de delante a este hombre, que es tan insolente como tus enemigos. No creas en su rectitud ni en su don de profecía, pues es un impostor.

—¿Y cómo lo alejaré de mí? —preguntó el rey,

Todos los ministros le respondieron:

—Hazle morir.

Entonces Otoniel llamó al capitán de su guardia y ante los ministros ordenole que prendiera a Benagissal, que lo encerrara en la ergástula más oscura del cas-

¹ LN: «en la cámara real».

² LN: «lamentaba».

³ LN: «diciendo».



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

tillo y que antes de amanecer lo hiciese degollar.

Los ministros permanecieron toda aquella noche al lado del rey, aconsejándole que reprimiera las violencias del pueblo con mano dura, que hiciera respetar con las armas su autoridad absoluta y que castigara a los rebeldes y a los sospechosos con penas y tributos. Otoniel prometió hacerlo así, y así cumpliólo al siguiente día.

Pero antes de acostarse, el rey tuvo compasión de Benagissal y ordenó en secreto al capitán de su guardia que no degollara al profeta, sino que lo tuviera encarcelado en el subterráneo más recóndito de la fortaleza, y que desde la mañana siguiente lanzara voces por todo Jaralad diciendo que Benagissal habla sido muerto por orden del rey. Y amenazó con la muerte al capitán de su guardia si revelaba lo que le acababa de mandar.

El carcelero ignoraba quién era⁴ Benagissal, su preso; pero le tenía muy encerrado y, para más precaución, le había atado los pies con una pesada cadena. Benagissal dormía en la paja y se alimentaba con el pan y el agua que le traían cada mañana. Y soportaba con paciencia el encarcelamiento y la miseria a que le había reducido el rey, pensando que eran preferibles la ergástula y la muerte a la adulación y la mentira, contento de poder sacrificarse por la justicia de la causa de sus hermanos.

Y así pasaron años. Benagissal seguía encerrado y encadenado, durmiendo sobre la paja negra y alimentándose de pan y agua. Solo el rey y el capitán de la guardia sabían que no había muerto. Pero Otoniel, que se había compadecido del profeta, temeroso de que sus predicciones se cumplieran, no tuvo nunca voluntad para seguir sus consejos y oponerse a los de sus ministros.

⁴ LN: «fuera».

La miseria azotaba el reino de Jaralad, y el pueblo, en lo profundo de su corazón, maldecía de su rey. Hasta se levantaron caudillos entre la gente del pueblo, los cuales, seguidos de la multitud, vengativa y colérica, asaltaron la mansión real y pusieron a muerte a Otoniel y a los suyos, a sus ministros y cortesanos, y desarmaron y destruyeron la guardia del castillo. Y el pueblo saqueo y expolió la fortaleza, no dejando rastro de las riquezas que eran el orgullo del rey.

Con el tumulto de la revuelta escapose el carcelero de Benagissal, quien, para poder huir, pasó por encima del cadáver del capitán de la guardia real, que habla muerto en la refriega que sus soldados sostuvieron con el pueblo. Pero el carcelero murió también. Y Benagissal permanecía en la ergástula, ignorado de todos, sin que nadie pudiera llevarle un pedazo de pan, sin que nadie le llenara la jarra de agua cuando le torturaba la sed.

Con la muerte del rey y la ruina de su casa, las iras del pueblo se desvanecieron. La ciudad no quiso levantar sobre ella ningún otro rey, y eligió de entre los caudillos del pueblo tres jueces supremos que la gobernarán. El más anciano de los tres, que se llamaba Darconías, asumía la máxima autoridad.

En tanto, el castillo permanecía vacío, desierto, con las puertas abiertas de par en par, de modo que todos entraban y salían de él a su antojo. Y así, de noche, si en otro tiempo desprendía rumores de fiesta, ahora dormía en un silencio de muerte; si en la gran plaza se oían, durante el día, clamores de címbalos y de trompetas, ahora solo repercutían en ella las voces dulces y gráciles de los niños. Pues los niños de Jaralad iban a jugar a la plaza del castillo.

Aquel día los niños habían jugado en la plaza de armas toda la mañana y a ella volvieron por la tarde, traviesos y alborotados.



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

zados. Pero con la alegría del juego se marcharon del castillo para irse a un bosque cercano, con la esperanza de cazar gorriones. No se marcharon todos: Ananiel, hijo de un tejedor que vivía junto al castillo, y sus hermanos menores, no quisieron seguir a los demás niños, temerosos de que su madre les viera y les retuviera en casa. Y cuando los tres hermanos se hallaron solos en la gran plaza, sin los compañeros de cada día, no supieron cómo jugar. Entonces el menor de los tres, que era el más travieso, se metió por las cámaras del castillo, que habían permanecido abiertas después de la expoliación.

Sus hermanos, movidos por la curiosidad, le imitaron. Y los tres resiguieron todas las dependencias del castillo, admirando su riqueza y su esplendor, como si se hallaran en un palacio de hadas. Ora penetraban en la sala del Consejo, ora en la del Trono; ya recorrían las cámaras del rey y de los príncipes, ya se encaramaban hacia las de los servidores o descendían a las cocinas y a las bodegas, donde todo estaba revuelto y por donde pululaban los ratones. Ananiel y sus hermanos lo recorrieron todo, y comprendiendo que en aquel laberinto se podían extraviar, se daban la mano uno a otro para infundirse valor. Pero ninguno de los tres se atrevía a hablar, tanta era la admiración que experimentaban.

Y aconteció que cuando hubieron recorrido un largo y oscuro corredor subterráneo, los niños oyeron una voz honda y quejumbrosa que salía de las tinieblas. Ananiel retrocedió asustado. Uno de sus hermanos dijo:

—¿Quién debe haberse escondido aquí?

Y el menor de los tres añadió, con resolución:

—Vamos a verlo.

La voz se oía cada vez más cercana, pero también más angustiosa. Los niños andaban a tientas y uno de ellos dio con

un enorme cerrojo. El ruido del hierro los detuvo, y entonces oyeron más claramente la doliente voz:

—¡Abrid!... ¡Abrid!...

Ananiel forcejeó con el cerrojo, y ayudado por sus hermanos, abrió una gran puerta quejumbrosa que daba paso a un húmedo y tétrico calabozo, débilmente alumbrado por una tronera angosta por la que el brazo no llegaba a pasar. Allí los niños hallaron a Benagissal, echado sobre la paja. El profeta, que seguía con los pies encadenados, tenía la faz blanca como un lienzo, los ojos febricitantes y las manos temblorosas. El hambre y la sed le habían inmovilizado sobre el lecho⁵.

— ¡Venid, niños, venid! —exclamó el preso.

Los tres hermanos se admiraron ante aquella extraña aparición; pero arrobados por la dulzura de su voz, se acercaron al profeta. Ananiel preguntó con toda su inocencia a Benagissal:

—¿Qué haces ahí, buen hombre, encerrado en este subterráneo tan oscuro?

Benagissal adivinaba en su corazón lo que había acontecido en Jaralad después de la partida de su carcelero. Pero nadie le habla podido confirmar sus sospechas. Ahora, al verse en presencia de estos niños, su corazón palpitaba alegremente, pues, veía con sus ojos mortales que el pueblo había hecho justicia a Otoniel. Por eso, a la pregunta del niño, respondió el profeta:

—Os esperaba a vosotros.

Entonces los niños dijéronle que el castillo estaba vacío, pues el rey y los suyos habían sido muertos, y que ahora iban ellos allí a jugar con muchos otros niños de Jaralad.

—¿Y tú nos esperabas? —exclamó Ananiel.

—Os he esperado largo tiempo. Solo vosotros podíais venir a libertarme.

⁵ LN: «hediondo lecho».



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

Dijo Ananiel:

—Abierta está la puerta. Vente con nosotros.

—¿Y cómo voy a ir⁶ —repuso Benagissal— si estoy desfallecido por no haber comido en muchos días⁷, y tengo los pies encadenados?

El preso hizo un esfuerzo: se incorporó sobre la paja húmeda y fétida y los grillos de sus pies produjeron un sordo rumor. Oyose en la jáciga una agitación de ratoncillos. Pero ninguno de los niños se dio cuenta de ello, pues los tres permanecían aturridos ante la figura espectral del profeta. Después de un largo silencio, dijo Ananiel:

—Avisaremos a un cerrajero para que te quite esos hierros de los tobillos y vendrás con nosotros.

Benagissal no les respondió palabra y se echó nuevamente, extenuado, sobre la paja negra.

Los niños se fueron por el largo corredor subterráneo y por segunda vez cruzaron el laberinto de las cámaras del castillo. Y no respiraron tranquilos —de tal manera les había oprimido el corazón el hallazgo que acababan de hacer— hasta que se hallaron fuera de la fortaleza. Entonces deliberaron en secreto respecto a quién podrían comunicar tan extraño descubrimiento.

En aquel momento cruzaba por delante de la puerta del castillo uno de los esbirros del nuevo gobierno, un capitán de la guardia personal de Darconías, el más anciano de los triunviros elegidos por el pueblo de Jaralad. Ananiel y sus hermanos se lo refirieron todo.

Admirado por lo que los niños le explicaban, el guardia les obligó a que le siguieran. Y los llevó a presencia de Darconías, a quien los niños repitieron

⁶ LN: «poder venir».

⁷ LN: «si me hallo desfalleciente por no haber comido desde hace largos días».

la relación de su hallazgo. Darconías escuchó con mucha atención al niño Ananiel⁸.

—¿A quién se lo habéis contado antes? —preguntó el juez.

—A nadie —repuso el niño.

Y añadió:

—Íbamos ahora en busca de un cerrajero para que le quitara los grillos.

Darconías celebró inmediatamente consejo con los otros triunviros. Y después de larga discusión, dijo uno de ellos:

—Este hombre es Benagissal. No os quepa de ello la menor duda. Solo puede ser Benagissal. Acordaos de qué extraña manera desapareció. Después de un tímido intento de rebelión contra Otoniel, corrió la voz un día de que el rey lo había mandado degollar. Pero contra la costumbre establecida, su cabeza no apareció suspendida en la torre más alta del castillo. Había quienes dudaban de su muerte y suponían que se había desterrado voluntariamente en alguna tierra lejana. Estos que así hablaban esperaban que él viniera para librar el pueblo de la tiranía del rey. Pero ya lo habéis visto; el pueblo, esto es, nosotros, nos supimos emancipar sin él.

Y respondió Darconías:

—Sin él sabremos gobernarnos. No sea que, lo mismo⁹ que se levantó un día contra la decisión del rey, se levantara luego contra las nuestras. Si hasta ahora ha permanecido en la ergástula, que se quede allí. Si el pueblo creía que estaba muerto, que el preso dé con sus huesos en el calabozo: así el pueblo creerá lo que realmente será cierto¹⁰.

⁸ LN: «la relación que le hizo Ananiel». En el manuscrito, «revelación» en vez de «relación».

⁹ LN: «Sin él sabremos gobernarnos, no fuese que de la misma manera».

¹⁰ LN: «así creerá el pueblo lo que será».



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

Y después de llamar otra vez a los niños ante sí, el juez supremo de Jaralad les dijo:

—Ese que visteis allá en el castillo, en una cámara tenebrosa, no es un hombre, como os figuráis. No es un hombre, sino un espectro¹¹. Es una aparición. Es posible que sea un muerto que se haya levantado de su tumba¹². Es posible que sea un fantasma que deseaba tenderos un lazo. Decís que os ha hablado, y yo lo quiero creer; pero habéis de saber que los fantasmas también hablan. Y en cuanto a las cadenas cuyo rumor oísteis, tened por cierto que él mismo se las había atado para aprisionaros luego con ellas. Volveos a vuestra casa, hijos míos. Y no digáis a nadie que habéis visto un hombre allá; decid, y así diréis la verdad, que habéis visto

un demonio espantoso que os llamaba y engañaba para perderos.

Ni Ananiel ni sus hermanos volvieron nunca más al castillo. Tampoco volvieron allí los demás niños de Jaralad. Y aunque hubiesen querido, no les hubiese sido posible, pues Darconías mandó cerrarlo y puso guardias en todas las puertas. Otra vez, de día y de noche, la gente armada velaba en lo alto de las torres almenadas.

Los tres jueces supremos de la ciudad guardaron el secreto del hallazgo. Y fueron más crueles que el propio rey Otoniel, pues permitieron que el profeta se consumiera lentamente en la paja negra de la ergástula, donde las ratas, a los pocos días, celebraron un festín con sus mortales despojos.

¹¹ LN: «No es un hombre, no, sino un espectro».

¹² LN: «se habrá levantado de la tumba».

Humberto de Campos

Las cavernas del viento Sur

Aunque encontraba la hartura en las orillas del mar y del río, donde los peces centelleaban en el agua y las sementeras se abrían en la tierra, ansiaba la tribu conquistar dominios más amplios para que los midiese, hasta el extremo, el galope de sus caballos de guerra. La abundancia de las cosechas en el suelo y las aguas era sin duda bastante para su hambre. La generosidad del torrente saciaba con certeza su sed. Sin embargo, ¿para qué les habían puesto los dioses ante los ojos aquellos campos dilatados si no era para que fueran a descubrir sus límites? Y, tras levantar sus tiendas y cargar sus camellos, la tribu se puso en camino.

Al cabo de varias lunas acabó la caravana sin alimento ni agua, en la orilla del Desierto. Más allá se extendía el océano de arena, de olas apenas agitadas por los grandes vientos del Sur, que ponían en el dorso de cada montículo, al pasar, una ligera espuma remolinante. Unos lobos enormes que se aventuraban a atravesarlo volvían, días después, con los ojos centelleantes y la lengua colgando, aullando de hambre y sed. Los mismos leones resistentes, aun cuando los persiguieran los cazadores audaces, preferían perecer bajo las azagayas y las flechas a quedar sepultados para siempre, envueltos en el sudario de fuego del arenal.

Alcanzado este punto del viaje, los aventureros acamparon. Tras armar las tiendas, en vano buscaron por los alrededores el lecho de un río o el vestigio de una fuente que les templara la irritación de la garganta sedienta. Para beber, hacía falta luchar. Y, sedientos, se lanzaron todos a escarbar, con los dedos en sangre, en el suelo, buscando en la arena caliente, en el corazón misterioso de la tierra, la gota providencial. Y como tampoco había

ni aves ni frutos ni raíces, empezó el afán desesperado por el sustento, persiguiendo, como fieras armadas, las grandes fieras de las soledades.

Cavados los pozos, iban los aventureros a descansar cuando, una noche, se oyó un gran ruido que procedía, pavoroso y taciturno, del lado del arenal. Era un soplo de fuego, un torbellino de arena viva que marchaba sobre ellos. Amedrentados, se envolvieron los rostros con las pesadas vestiduras de piel, dejando pasar el huracán. Pero, cesado el ventarrón, vieron que los pozos habían quedado destruidos y que era necesario descubrir con prontitud nuevas fuentes. Cavaron en la arena para hacer cisternas. Y estas quedaron enterradas, obstruidas, inutilizadas, una vez más, por el viento Sur.

Empeñados en aquel combate continuo y sin victoria, pero aun así con perseverancia, con energía, con ambición inflexible renovadas, los varones de la tribu se reunieron una noche en una de las tiendas, y el más anciano de ellos habló así:

—Hay, más allá del arenal o en el arenal mismo, un enemigo misterioso que nos combate cobardemente en la sombra. ¿Qué gran boca es esa que sopla sobre nosotros, día y noche, estas olas de arena, enterrando nuestros pozos, derribando nuestras tiendas, abatiendo nuestros camellos? ¿Qué tribu de gigantes es esa que pasa galopando en las hamadas, levantando con las patas de sus corceles el polvo que nos asfixia?

—¡Volvamos, Saúl, volvamos! —pidieron algunas voces timoratas.

—¿Volver? ¿Quién de vosotros sabe el camino? ¿Quién de vosotros conoce hoy la ruta por donde vino si el viento ha disipado hasta los vestigios de nuestro paso?



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

Los varones bajaron la cabeza y el jefe prosiguió:

—Ahora, o permanecemos aquí, luchando día y noche, o tendremos que avanzar por el Desierto, para luchar contra el propio Viento en sus cavernas. Repartámonos en bandas y que cada una escoja su dirección en el arenal. Si las primeras no regresaran al cabo de dos lunas, otras las seguirán con el mismo destino. Una vez que lleguemos tan lejos que no nos sea posible retroceder, ¡seguiremos adelante en busca del enemigo misterioso e invisible que nos dispersa la tribu, nos atierra los pozos y, por la noche, nos apaga las hogueras!

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaron los guerreros, alzando las lanzas y los arcos.

Y aguijando los caballos, partieron para siempre a galope por el Desierto...

* * *

Los hombres de reflexión, como los psilos de Heródoto, vivían en la infancia del conocimiento, libres de todo cuidado. La tierra

les ofrecía sus rosas y el cielo, sus estrellas, pero un día quisieron conocer, ambiciosos, las orillas del Desierto. Marchando en grupo, examinando el suelo, consultando los astros, plantaron más adelante sus tiendas al borde del arenal. Se cavaron cisternas en el sablón para dar de beber a los hombres, los corceles y los camellos. En esas regiones, que constituyen las de las cosas cognoscibles, la vida se les volvió más triste, más árida, más difícil. Azotado por las tempestades del Sur, azotado por las ráfagas ardientes del arenal, el hombre se preguntó por primera vez:

—¿Quién sopla la destrucción sobre mí? ¿Quién es ese gigante que no veo, pero que me dispersa los rebaños, me destruye la tribu, inutilizando en una sola noche los pozos que cavo en un año? Es menester conocerlo para combatirlo.

Y se arroja entonces, sin derrotero, al arenal de las cogitaciones eternas, donde queda finalmente sepultado en la arena, sin haber descubierto nunca, para destruirla, la caverna del viento Sur...

Apéndice: textos originales

Jehan Maillart

Le Triomphateur

Après qu'il eut vaincu tous les Rois, ses voisins, à qui il avait déclaré la guerre, le lendemain même de son couronnement à Hardahan la ville Sainte, il se mit à la tête de son armée victorieuse et marcha vers sa capitale. Sur son passage, les nations à genoux éclataient en ardentes acclamations, épouvantées du nouveau maître qui venait de se révéler ; car il avait profité cruellement de sa victoire et son bras frêle pesait lourd sur les peuples. À sa suite, et rehaussant la gloire de son barbare triomphe, il traînait la lamentable fille des Princes, ses anciens rivaux, qu'il avait dépossédés et dont il avait brisé la couronne. Puis venaient les innombrables troupeaux des soldats faits prisonniers dans les batailles livrées où la fortune les avait trahis. Car il n'avait épargné que les mâles, ordonnant de passer au fil de l'épée, les femmes, les vierges et les enfants, prenant un évident plaisir à exaspérer la haine et la rage des vaincus par une inutile cruauté. Il marchait, calme et serein, à la lueur des incendies qu'il avait ordonnés et qui lui faisaient une auréole de gloire farouche. Ses capitaines, fiers d'un tel Roi, chevauchaient à ses côtés, radieux et triomphants ; car il leur avait abandonné généreusement les opimes dépouilles des malheureux qu'ils avaient, sur son ordre, massacrés. Et pourtant, jusque dans le rayonnement de cette gloire, il paraissait attristé et son beau visage restait mélancolique. Les peuples asservis qui s'inclinaient devant lui, se demandaient avec surprise et étonnement si c'était bien là ce cruel victorieux qui les avait fait trembler. Ses yeux juvéniles ne respiraient que la douceur et la bonté semblait en découler comme d'une source fraîche. Était-ce bien là le Massacreur dont on ne parlait qu'à voix basse et dont les mères n'osaient pro-

noncer le nom ? Ou bien le poids de ses abominations alourdissait-il déjà sa jeune âme, et de secrets remords le poursuivaient-ils, l'altier vainqueur ? Les soldats s'étonnaient de son silence, car leurs enthousiastes acclamations ne changeaient pas son visage et toujours la même tristesse l'enveloppait de son royal manteau. Alors ils se parlèrent tout bas ; sans doute songeait-il à sa mère, la vieille Reine aux yeux d'aigle, qui l'avait poussé à ces expéditions lointaines et qui, dans cette âme d'enfant dont la bonté de colombe l'avait tant de fois épouvantée, avait voulu verser le farouche poison des haines. Car ils se rappelaient l'avoir vu, celui qu'ils ramenaient maintenant au milieu d'eux, dans un ardent triomphe, tout enfant dans le jardin du Palais, jouant pâle et blanc, au milieu des lys. Et la mort d'une de ces fleurs, qu'il aimait, le rendait languissant pendant des jours, et plus d'une fois le Roi, son père, avait songé, avec amertume, que son fils ne serait pas digne de lui ni de sa race. Comme il s'était trompé pourtant le roi glorieux !

La forte épée des aïeux n'avait pas fléchi dans sa main et ils devaient être fiers de lui, et leurs cendres avaient dû tressaillir dans leurs tombeaux au bruit des victoires. De quoi donc pouvait-il se plaindre et pourquoi cette tristesse et ce découragement qui semblait s'accroître au fur et à mesure qu'on approchait de la vieille capitale ? Les chefs alors s'inquiétèrent. Ils crurent que les joies du grandiose triomphe avaient brisé l'âme encore frêle du Roi. On bien était-ce la pensée de revoir la vieille aigle qui l'attendait là-bas et craignait-il de ne pas avoir assez rempli ses exigences ?

Il pouvait être tranquille ; elle serait fière de son fils !



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

Bientôt se dessina sur le ciel en feu, dans la gloire du Soleil, la ville immense, aux innombrables palais dont les marbres reflétaient l'or des tours dans leur orientale pâleur.

Au-devant d'eux s'avancait le cortège des prêtres, des vierges et des anciens héros qui venaient apporter aux guerriers les hommages et les présents réservés aux vainqueurs. La populace suivait, poussant de formidables acclamations qui arrivaient vers eux comme le bruit de la houle immense des mers, heureuse qu'elle était d'avoir enfin trouvé des maîtres superbes devant qui elle pouvait s'incliner.

Ils entrèrent par la grande porte triomphale réservée aux vainqueurs, tandis qu'aux quatre coins de la ville, les quatre hérauts, annonciateurs des victoires, leurs poitrines gonflées comme des collines, soufflaient clans leurs retentissantes trompes d'or qui portaient bien loin, par-dessus les montagnes-saintes, la nouvelle de l'arrivée. Et l'on vit alors descendre, de leurs monts inaccessibles, les étranges habitants des cavernes qu'ils n'avaient jamais quittées, et les pâtres indomptés, qui avaient délaissé leurs troupeaux, curieux de voir de près l'astre éblouissant qui se levait et qu'annonçaient d'aussi ardentes clameurs.

Le triomphal cortège arriva enfin au Royal Palais aux innombrables tours et sur les marches duquel, appuyant sa main amaigrie sur le cou fauve de son tigre favori, attendait la reine, mère du héros que le peuple acclamait. — Elle attendait pleine d'orgueil, drapée dans sa longue robe de pourpre sanglante, joyeuse de revoir le fils dont les glorieuses victoires dilataient sa vieille âme. — Et elle se rappelait en souriant les inquiétudes de jadis, quand elle gémissait à le voir, rêveur et si frêle, jouant au milieu des fleurs pâles des jardins.

Elle se rappelait les reproches amers et irrités du Roi, son époux. Que n'était-il là maintenant ! — Car c'était son œuvre à elle, ce héros qui revenait rouge de gloire, surpassant tous ceux de son antique race. — Elle se délectait dans sa vengeance, en songeant aux héréditaires ennemis qu'il avait, lui, enfin domptés, et qu'il lui amenait sans doute enchaînés, comme une proie qu'elle allait sentir palpiter sous sa large main.

Il arriva enfin ; mais l'inquiétude l'envahit tout entière quand elle lut sur son visage la terrible tristesse que ne l'avait pas quitté et que les acclamations de l'idolâtre foule n'avaient pu dissiper. Elle reconnut le sceau ancien qui avait marqué dès son enfance son jeune front et dont elle avait en vain recherché l'origine. Mais songeant aux bruits des luttes passées et aux terribles punitions infligées aux vaincus par l'implacable enfant, elle se rassura bientôt et se livra tout entière à sa joie. Et elle sentit gronder son cœur chuta d'un bonheur surhumain quand elle vit le triste défilé des Princes abaissés qui se courbaient devant elle et baisaient humblement les plis de la robe qui cachaient ses pieds barbares. Alors, les considérant avec un mépris cruel, elle rêva aux supplices qu'elle leur ferait subir. Et son cœur se dilatait d'une sénile fierté, en songeant qu'elle les tenait, ces hommes naguère adorés comme des Dieux, dans sa féminine et forte main.

Alors, songeant aux joies futures, elle regarda son fils, soudain attendrie,

— O mon Roi, o mon fils ! s'écria-t-elle — et sa voix âpre et vieillie sonnait comme une trompette crevée à force de retentir dans les batailles —, gloire à toi qui reviens en ce palais, dont les murs frissonneront désormais à ta voix, couvert du manteau illustre des guerriers ! Je savais que tu vaincrais et que le sang pur des vieux Rois, tes aïeux, n'avait



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

point pâli dans tes nobles veines ! Car j'étais sûre de toi. Et mon vieux cœur a tressailli au récit des épiques victoires et des châtements attendus qui les ont couronnées, établissant ainsi à jamais, sur tes ennemis asservis ton Droit désormais irrévocable.

Et levant les bras, d'où retombait ardemment en plis amples et majestueux la rouge pourpre, elle semblait, invocatrice, prendre à témoin le Soleil, frère des Rois, qui la faisait resplendir comme une prêtresse, sous l'illumination des feux du Sanctuaire.

Alors les Rois vaincus penchèrent plus tristement la tête, car ils pressentaient les vengeances futures. Mais le Roi-Enfant étendit lentement la main et parla ainsi :

—O Reine ! tu connais mal mon cœur et sa bonté ! Quand sur ton désir, et poussé par toi, je portai la guerre chez les Rois mes voisins qui refusaient de me payer tribut, j'étais, tu le sais, rempli d'une aveugle pitié pour le Pauvre et le Faible. Mais, aux premières victoires remportées, la lumière

éclata dans mon âme. Et je vis que je ne pouvais pardonner, car mon aride pitié n'eût servi qu'à les faire paraître devant les siècles futurs, ces juges immortels, couverts de l'opprobre d'une lâche défaite. Et j'eus souci de leur gloire — en leur sacrifiant la mienne. Me faisant, en frissonnant d'horreur, leur bourreau, j'incendiai leurs villes, massacrai leurs femmes et leurs filles, car telle était la loi suprême du destin. Je brisai sur leurs fronts sanglants la brillante couronne trop pesante pour eux désormais, afin que devant le légendaire avenir, ils pussent resplendir, entourés d'une auréole nouvelle. Je leur en rendais ainsi une cent fois plus belle et plus lumineuse que celle que je leur avais prise. Mais je pleure maintenant ma gloire disparue, car l'image du triste vainqueur sombrera bientôt dans la nuit, quand la leur montera comme une étoile précieuse dans les grands cieux lointains.

Et le Triomphateur se tut, tandis que les Rois vaincus levaient vers lui des yeux reconnaissants où venait de s'épanouir comme une fleur divine — l'Espérance.

Alfons Maseras

Benagissal, el profeta

El rei Otoniel morava a la ciutat de Jaralad. Els homes d'avui ja no tenen memòria d'on fos bastida la ciutat de Jaralad ni de les terres que abastés el reialme d'Otoniel. Però les cròniques dels temps més remots ens han conservat llurs noms i el del profeta Benagissal, home recte i sens pecat.

Vivia el rei Otoniel en el castell que havia edificat el seu pare i que es dreçava al bell mig de Jaralad. Amb ell vivien la regina, els prínceps de la casa reial, els ministres, els intendents i la gent armada que guardava el castell. I a l'entorn de la fortalesa s'estenia la ciutat, orgullosa de protegir la morada d'Otoniel.

Massa sovint, obrint les portes a la disbauxa i resplendent amb ses millors gales, el castell remorejava com un rusc, car el rei amava els festins. I amava també l'opulència i les riqueses, que amuntegava en ses cambres i en les cambres dels prínceps i repartia entre sos servidors. I per poder satisfer sa pruija de plaers i sa cobejança d'or, imposava feixugues càrregues a sos súbdits, que les suportaven amb paciència. Però com més opulència ostentava la cort, més misèria hi havia a Jaralad. I aquesta misèria, cada dia més espaventable, engendrava baralles i injustícies i crims. Els súbdits d'Otoniel eren malastrucs. Fins que un dia es revoltaren tots plegats i en gran multitud pretengueren assaltar el castell per a demanar clemència al mateix rei. Mes els guardes contingueren el poble i no el deixaren penetrar al castell.

En això Benagissal el profeta, que oí la clamor del poble va plorar en el seu cor per les injustícies que sofria. I de nit, quan ningú no el podia veure, se'n puja al castell a parlar amb el rei. I un cop fou conduït a la cambra d'Otoniel, ve't aquí el

rei que es planyia de la insolència del poble.

—Tu ho has volgut —féu Benagissal.

—I com podia voler-ho jo, si sempre m'he esforçat en viure amb pau amb els meus súbdits?

Llavor Benagissal li digué:

—Per a un rei savi i prudent, l'amor del poble ha d'ésser preferible a les lloances dels cortisans; el benestar dels súbdits ha d'ésser preferible a les riqueses de la cort. Ni tu ni els teus ministres no heu obrat segons la justícia i és per això que ara el poble clama contra vosaltres. Ai de tu, si segueixes oprimint-lo com ara, car tard o d'hora es venjarà.

Els ministres d'Otoniel havien oït les paraules de Benagissal i cridaren el rei a llar cambra. I el ministre que entenia en els afers de la justícia digué al rei:

—Treu-te del davant aquest home, que és tan insolent com els teus enemics. No creguis en la seva rectitud ni en el seu do de profecia, car és un impostor.

—I com me'l treuré del davant? —preguntà el rei.

Tots els ministres li respongueren:

—Fes-lo morir.

Llavors Otoniel cridà el capità de la seva guarda i davant dels ministres li ordenà que prengués a Benagissal, que el tanqués a l'ergàstula més obscura del castell i que abans de l'eixida del sol el fes degollar.

Els ministres romangueren tota aquella nit al costat del rei, aconsellant-lo que reprimís les violències del poble amb severitat i que fes respectar la seva autoritat absoluta a cops d'espasa i que punís els rebels i als suspectes amb penes i tributs. Otoniel prometé fer-ho així i així ho complí l'endemà.

Però abans d'anar-se'n a dormir, el rei tingué pietat de Benagissal i manà en se-



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

cret al capità de la seva guarda que no degollés el profeta, sine, que el tingués ben engrillonat en el soterrani més escondit de la fortalesa i que l'endemà, a primera hora, escampés la veu per tot Jaralad de què el profeta Benagissal havia estat mort per ordre del rei. I amenaçà de mort el capità si revelava ço que li havia manat.

L'escarceller de Benagissal no sabia qui era el seu pres. Però el tenia ben tancat i per més precaució li havia lligat els peus amb una llarga i feixuga cadena. Benagissal dormia a la palla i es nodria del pa i de l'aigua que li duïen cada matí. I suportava amb paciència l'empresonament i la misèria a què el rei l'havia reduït, pensant que era preferible l'ergàstula i la mort a l'adulació i la mentida, i content de poder sacrificar-se per la justícia dels seus germans.

I així passaren anys. Benagissal seguia tancat i engrillonat, dormint damunt la palla negra i nodrint-se de pa i aigua. Només el rei i el capità de la guarda sabien que no havia mort. Però Otoniel, que s'havia compadit del profeta, temerós de que les seves prediccions es complissin, no tingué mai voluntat per a seguir sos consells i oposar-se als dels seus ministres.

I la misèria assolava el reialme de Jaralad i el poble, en el pregon del seu cor, maleïa a cada moment el rei. Fins que s'aixecaren cabdills entre el poble que, seguits de la multitud venjativa i colèrica, assaltaren la mansió reial i posaren a mort a Otoniel i els seus, a sos ministres i cortesans i desarmaren i destruïren la guàrdia del castell. I el poble saquejà i espolià la fortalesa, no deixant-hi rastre de les riqueses amb què s'enorgullia el rei.

En l'enrenou de la revolta s'escapà l'escarceller de Benagissal, el qual, per poder fugir, passà per damunt del cadàver del capità de la guàrdia reial, que havia mort en la batalla que sos soldats sostin-

gueren contra el poble. I Benagissal romania a l'ergàstula, ignorat de tothom, sense ningú que li portés un mos de pa, sense ningú que li omplís la gerra per a que podés apaivagar la set.

Amb la mort del rei i la desfeta de la seva casa, les ires del poble s'esvaïren. La ciutat no volgué dreçar damunt d'ella cap altre rei, i elegí, d'entre el poble, tres jutges supremes que la governessin. El més vell dels tres, que es deia Darconies, assumia la màxima autoritat.

Mentrestant, el castell romania buit, desert, amb les portes obertes de bat a bat, que tothom hi entrava i en sortia com volia. I així, de nit, si en altre temps hi havia sovint remors de festa, ara hi regnava un silenci de mort; si per la gran plaça, de dia, s'oïen sempre clamors de timbals i trompetes i crits de gent armada i bruels de cavalleries, ara només s'hi oïen les veus dolces gràcils dels infants. Car els infants de Jaralad se'n anaven a jugar a la gran plaça del castell.

Aquell dia hi havien jugat tot el matí, i hi tornaren a la tarda, contents i eixelebrats. Pare, amb l'alegria del joc se n'eren eixits del castell per a anar-se'n a una devesa propera, amb l'esperança de cagar-hi nius. No se'n anaren tots, però. Ananiel, fill d'un teixidor de la vora del castell, i sos germans menors no volgueren eixir al defora, temerosos de què llur mare els vegés partir i els retingués a casa. I quan es trobaren sols al mig de la gran plaça d'armes, sense els companys de cada dia, no saberen a què cosa jugar. Llavors el més petit, que era el més entremaliat, s'entaforà per les cambres del castell, que havien romàs obertes després de l'expoliació.

Sos germans l'imitaren, encuriosits. I els tres resseguiren totes les dependències del castell, admirant-ne la riquesa i l'esplendor, com si es trobessin en un palau de fades. Ara penetraven a la sala del



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

consell, ara a la sala del tron, ara a les cambres del rei i dels prínceps; ara s'enfilaven a les cambres dels servents o davallaven a les cuines i als cellers, on tot havia anat enrenou i on ara pul·laven les rates. Ananiel i sos germans ho resseguiren tot, i comprenent que en aquell laberint es podien perdre, es donaven la mà l'un a l'altre, amb la qual cosa s'encoratjaven. Però cap dels germans no gosava parlar: tanta era l'admiració que sentien.

I ve't aquí: quan hagueren passat un corredor molt llarg i molt fosc que hi havia al soterrani, oïren una veu fonda i planyívola que eixia de la foscor. Ananiel reculà d'un surt. El mitjà va dir:

—Qui s'hi den haver amagat, aquí?

E! caga-nius va fer, tot resolut:

—Anem-ho a veure.

La veu s'oïa cada vegada més propera, però també més corpenedora. Els nois caminaven gairebé a les palpentes i un d'ells topà amb un gros ferrallat. El soroll del ferre els aturà i llavors oïren més distintament la veu planyívola.

—Obriu! Obriu!

Ananiel maldà amb el ferrallat i, ajudat de sos germans, obrí una grossa porta grinyoladora que donava a una cambra tètrica i humida. I dins la cambra, feblement il·luminada per un forat on no podia passar-hi el braç, vegeten a Benagissal ajegut damunt la palla humida. El profeta, els peus del qual eren trabats per una feixuga cadena, tenia la faç blanca com un llençol, els ulls enfebrats, les mans tremoloses. La fam i la set l'havien immobilitzat damunt la palla negra.

—Veniu, infants, veniu! —exclama el pres.

Els tres germanets s'admiraren de veure aquella estranya aparició; però corpresos per la dolçor de la seva veu s'hi atansaren. Ananiel preguntà innocentment a Benagissal:

—Què hi fas aquí, bon home, en aquest soterrani tan fosc?

Benagissal endevinava en son cor el que s'era esdevingut a Jaralad després de la partida de son escarcer. Però ningú no li havia pogut confirmar les seves sospites. Ara, en veure's en presència d'aquells infants, el seu cor respirava jiosament per tal com veia amb sos ulls mortals que el poble havia fet justícia a Otoniel. Per ço, a la pregunta de l'infant, el profeta respongué:

—Us esperava a vosaltres.

Llavors els nois li digueren que el castell era buit, per què el rei n'havia estat foragitat i que ells hi anaven a jugar amb tota una colla d'infants de Jaralad.

—I tu ens esperaves?—exclamà Ananiel.

—Us he esperar molt de temps. Només vosaltres podeu venir a deslliurar-me.

Ananiel féu:

—La porta és oberta. Vina-te'n amb nosaltres.

—I com podré venir —respongué Benagissal— si estic defallit de no haver menjat de molts dies ençà i si tinc els peus encadenats?

El pres es va moure. S'incorporà damunt la palla humida i fètida, i els grillons dels seus peus feren sorda remor. Pel tou del jaç s'oí una bellugadissa de ratolins. Cap dels tres germans no n'hagué esment, per tal que tots ells romanien espaerdits davant la figura espectral del profeta. Després d'un llarg silenci, Ananiel digué:

—Avisarem un manyà per a que et tregui les argolles dels turmells, i te'n vindràs amb nosaltres.

Benagissal no els respongué i s'ajacà de nou, extenuat, damunt la palla negra.

Els infants se'n entornaren pel llarg corredor soterrani i creuaren novament el laberint de cambres del castell. I no respiraren tranquils —tant els havia oprimet el



Parábolas exóticas: cuatro relatos de fantasía épica realista

cor la troballa que acabaven de fer— fins que es trobaren fora la fortalesa. Llavors deliberaren, en secret, tots tres, a qui podrien fer sabedor de l'estranya descoberta. En això passava per davant de la porta del castell un dels esbirros del non govern, que era capità de la guàrdia personal de Darconies, el més vell dels triumvirs que havia elegit Jaralad.

Ananiel i sos germans li ho contaren tot. Admirat de ço que els infants li explicaren, el guarda els obliga a que el seguissin. Llavors els emmenà a presència de Darconies, a qui els infants repetiren la relació de la troballa llur. Darconies escoltà amb molta atenció la revelació que li féu Ananiel.

—A qui ho havíeu dit abans? —preguntà el jutge.

—A ningú —respongué l'infant. I afegí—: Ara anàvem a cercar un manyà per a que li llevés la cadena.

Darconies celebra immediatament consell amb els altres triumvirs. I després de llarga discussió, un d'ells va dir:

—Aquest home és Benagissal. No us en càpiga cap dubte. Només pot ésser Benagissal. Recordeu-se bé de l'estranya manera que va desaparèixer. Després d'un poruc intent de revolta del poble contra Otoniel, va córrer la veu, un dia, que el rei l'havia fet degollar. Però contra el costum establert, la seva testa no va ésser penjada dalt de la torre més alta del castell. Hi havia gent que dubtava de la seva mort i suposava que s'era exilat a alguna terra llunyana. Aquests esperaven que los ell qui alliberés el poble de la tirania del rei. Però ja ho heu vist, el poble, nosaltres, ens sabérem alliberar sense ell.

I respongué Darconies:

—Sense ell sabrem governar-nos, no fos que així com es llevà un dia contra les decisions del rei s'aixequés ara contra les nostres. Si fins ara ha romàs a l'ergàstula, que s'hi quedi. Si el poble creia que era mort, que hi deixi els ossos. Així creurà el que serà cert.

I després de fer comparèixer novament els infants a la seva presència, el jutge suprem de Jaralad els va dir:

—Aquell que heu vist allí al castell, en una cambra fosca, no és home com us penseu. No és home, no, sinó espectre. És una aparició. Potser era un mort que s'ha llevat de la tomba. Potser una fantasma que us volia parar un parany. És possible que us hagi parlat, com vosaltres dieu; però heu de saber que les fantasmes també enraonen. I les cadenes que heu oït remorejar, ben segur que se les ha posades ell mateix per a després engrillonarvos a vosaltres. Entorneu-vos-en a casa, fills meus. I no ho digueu a ningú, que heu vist un home allí dalt: digueu, i direu la veritat, que hi heu vist un dimoni esfereïdor que us volia atraure per a perdre-us.

Ni Ananiel ni sos germans no tornaren mai més al castell. Tampoc hi tornaren els altres infants de Jaralad. I ni que haguessin volgut ho haurien pogut fer, car Darconies el feu tascar i hi posa guardes. Altra volta, de dia i de nit, gent d'armes vetllava dalt de les torres emmarletades.

Els tres jutges supremes de la ciutat es guardaren el secret de la treballa. I foren més cruels, envers Benagissal, que no pas el rei Otoniel, per tal com deixaren que el profeta es consumés lentament en la palla negra de l'ergàstula, on les rates, al cap d'uns quants dies, feren festí de ses despulles mortals.

Humberto de Campos

As cavernas do vento Sul

[*“Os psilos eram vizinhos dos nausamônios, e pereceram, outrora, pela maneira que vou contar. O vento Sul havia, com o seu sopro, secado as suas cisternas, pois o país estava situado na Sirte, e não tinha água. Após um conselho dos anciãos, resolveram eles, num acordo unânime, ir combater o vento Sul. Quando chegaram nos desertos arenosos, o vento, soprando com violência, sepultou-os sob as suas montanhas de areia”*. Heródoto. Melpômene, CLXXIII.]

Encontrando, embora, a fartura nas margens do mar e do rio, onde os peixes faiscavam na onda e as sementeiras desabrochavam na terra, ansiava a tribo pela conquista de domínios mais largos, para que fossem medidos, até o extremo, pelo galope dos seus cavalos de guerra. A abundância das colheitas no solo e nas águas bastava, sem dúvida, à sua fome. A generosidade da torrente satisfaria, de certo, a sua sede. Para que os deuses lhes haviam posto, porém, sob os olhos aqueles campos dilatados, senão para que eles lhes fossem descobrir os limites? E, levantando as tendas, carregando os camelos, a tribo se pôs a caminho.

Ao fim de algumas luas achava-se a caravana sem alimento e sem água, na orla do Deserto. Para além dele[s], estendia-se o oceano de areia, de ondas agitadas, apenas, pelos grandes ventos do Sul, que punham no dorso de cada montículo, de passagem, uma ligeira espuma rodopiante. Lobos enormes, que se aventuravam a atravessá-lo, voltavam, dias depois, de olhos faiscantes e língua pendente, uivando de sede e fome. Os próprios leões resistentes, mesmo quando perseguidos pelos caçadores audazes, preferiam perecer sob

as azagaias e as flechas a ficarem sepultados para sempre, envoltos no lençol de fogo do areal.

Atingido esse ponto da viagem, os aventureiros acamparam. Armadas as tendas, foi debalde que procuraram, em torno, o leito de um rio, ou o vestígio de uma fonte, que lhes amenizasse a irritação da garganta sedenta. Para beber, era preciso lutar. E, sedentos, atiraram-se, todos, a sangrar os dedos no solo, buscando na areia quente, no coração misterioso da terra, a gota providencial. E como não houvesse, também, nem aves, nem frutos, nem raízes, começou a faina desesperada pelo sustento, perseguindo, como feras armadas, as grandes feras da solidão.

Cavados os poços, iam os aventureiros repousar, quando, uma noite, se escutou um grande ruído, que vinha, apavorante e soturno, das bandas do areal. Era um sopro de fogo, um turbilhão de areia viva, que marchava sobre eles. Amedrontados, envolveram o rosto nas pesadas vestimentas de pele, deixando passar o tufão. Cesada, porém, a ventania, viram que os poços haviam sido destruídos, e que era preciso, de pronto, a descoberta de novas fontes. Cavaram a areia, fazendo cisternas. E foram estas soterradas, obstruídas, inutilizadas, de novo, pela cólera do vento Sul.

Empenhados naquele combate contínuo e sem vitória, mas sempre novos na coragem, na energia, na ambição inflexível, reuniram-se, uma noite, em uma das tendas, os varões da tribo, e o mais velho deles falou:

—Há, para além do areal, ou no areal mesmo, um inimigo misterioso, que nos combate covardemente na sombra. Que grande boca é essa, que sopra sobre nós,



Parábolas exóticas: quatro relatos de fantasia épica realista

dia e noite, estas ondas de areia, soterrando os nossos poços, derrubando as nossas tendas, abatendo os nossos camelos? Que tribo de gigantes é essa que passa galopando nas hamadas, levantando, com as patas dos seus corcéis, a poeira que nos asfixia?

—Voltemos, Saul, voltemos! —pediram algumas vozes timoratas.

—Voltar? Qual de vós sabe o caminho? Qual de vós conhece, hoje, a estrada por onde veio, se o vento apagou até os vestígios da nossa passagem?

Os varões baixaram a cabeça, e o chefe continuou:

—Agora, ou permaneceremos aqui, lutando dia e noite, ou teremos de avançar sobre o Deserto, a combater o próprio Vento nas suas cavernas. Distribuamos em turmas, escolhendo cada uma a sua direção no areal. Se as primeiras não voltarem ao fim de duas luas, outras seguirão com o mesmo destino. Uma vez que chegamos tão longe e não nos é possível recuar, continuemos para a frente em busca do inimigo misterioso e invisível, que nos dispersa a tribo, nos aterra os poços, e, à noite; nos apaga as fogueiras!

—Para a frente! Para a frente! —gritaram os guerreiros, alçando as lanças e os arcsos.

E instigando os cavalos, partiram, para sempre, galopando pelo Deserto...

* * *

Os homens de pensamento, como os Psilos de Heródoto, viviam, na infância do conhecimento, libertos de todo cuidado. A terra oferecia-lhes as suas rosas e o céu as suas estrelas. Um dia, porém, quiseram conhecer, ambiciosos, as orlas do Deserto. Marchando, em grupo, examinando o solo, consultando os astros, plantaram, mais tarde, as suas tendas, à margem do areal. Cisternas foram cavadas no saibro, para dar de beber aos homens, aos corcéis e aos camelos. Nessas regiões, que constituem a das coisas cognoscíveis, a vida tornou-se, para eles, mais triste, mais árida, mais difícil. Açoitado pelas tempestades do Sul, vergastado pelas lufadas ardentes do areal, o homem perguntou, então, pela primeira vez:

—Quem sopra sobre mim a destruição? Que gigante é esse que eu não vejo, mas que me dispersa os rebanhos, me destrói a tribo, inutilizando, em uma noite, os poços que eu cavo em um ano? É mister conhecê-lo para dar-lhe combate.

E atira-se, então, sem roteiro, pelo areal das cogitações eternas, onde fica, afinal, sepultado na areia, sem ter descoberto, jamais, para destruí-la, a caverna do vento Sul...